

Editorial

Recientemente la ciudad de Zamora, y en particular el Instituto Florián de Ocampo, ha recordado con una serie de actos la figura y obra del investigador Luis Cortés Vázquez. Cortés fue, durante décadas, un trabajador incansable en el terreno de la cultura tradicional, acercándose a ella primero desde la filología y después más abiertamente desde la tradición oral y la artesanía. La actividad de Cortés se centró principalmente en las provincias de Zamora y Salamanca -la primera por ser la tierra de sus antepasados y la segunda por desarrollar la actividad académica en su universidad-, pero los resultados de su investigación, por la alta calidad y excelente método, son perfectamente válidos y aplicables para el estudio y observación del folclore ibérico. Su humanismo y su alto sentido del deber, de la justicia y de la amistad, le convierten además en una figura ejemplar cuya obra es comparable a la de otros grandes investigadores del siglo XX.

S U M A R I O	
	Pág.
El óbolo de Caronte: Etnografía y literatura.....	147
José Manuel Pedrosa	
El rostro del vino.....	150
Ángel Charro Gorgojo	
Más referencias etnográficas en textos medievales:El capítulo 43 de los Casus Sancti Galli.....	161
Lorenzo Martínez Ángel	
Sepancuantos (Por la Sierrea de Aracena y Picos de Aroche).....	164
Manuel Garrido Palacios	
Aquellas trenzas de pelo endrino	172
José Manuel Fraile Gil	
El parentesco, un impedimento para contraer matrimonio en el siglo XVIII. Vicarías de Alba y Aliste (Zamora)	178
Lorenzo Fernández Fernández	

EDITA: Obra Social y Cultural de Caja España.
Plaza Fuente Dorada, 6 y 7 - Valladolid, 2001.

DIRIGE la revista de Folklore: Joaquín Díaz.

DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Imprenta Casares, S. A. - Vázquez de Menchaca, 64 - 47008 Valladolid

EL ÓBOLO DE CARONTE: ETNOGRAFÍA Y LITERATURA (UNA TRADICIÓN POPULAR Y SUS REFLEJOS EN BAU- DELAIRE, STEVENSON Y BORGES)

José Manuel Pedrosa

En una entrevista que publicó, el 12 de junio de 1999, el diario ABC, Carmen de Carlos, la sirvienta que durante muchos años atendió y cuidó de Jorge Luis Borges y de su madre, doña Leonor de Acevedo, describió de qué modo la anciana madre del escritor

murió a las 4:20 de la mañana. Él estaba dormido. Pensé que la señora roncaba y la incorporé. En ese momento sentí un ruido espantoso en su cuerpo. Los médicos dijeron luego que al morir se despegaba el organismo. Borges la agarró por los tobillos para estirla y empezó a sacudirla en la cama, pero ya estaba muerta. Ese día fue el de mayor sufrimiento para él. Iba y venía llorando, se sujetaba a los barrotes de la cama y decía: "Madre, ya volví, estoy acá". Entre los dos la amortajamos y pusimos monedas en los ojos para que no quedasen abiertos(1).

Aunque el acto de colocar monedas sobre los ojos fuese interpretado por la sirvienta de Borges desde un punto de vista absolutamente práctico y funcional (según ella, habrían sido colocadas con el simple objeto de "que no quedasen abiertos" los ojos de doña Leonor), no se puede descartar que, en el código de valores y de hábitos rituales del escritor argentino, este curioso comportamiento tuviese otro sentido de mayor alcance simbólico y, sobre todo, de más profundas implicaciones y resonancias literarias que las que parecía tener presentes la criada.

Ciertamente, la posibilidad de que el acto de colocar monedas sobre los ojos del cadáver materno fuera un ritual funerario tradicional, que Borges podía conocer a través de las costumbres de sus contemporáneos, y, al mismo tiempo, un motivo literario que el escritor podía conocer a través de sus amplísimas lecturas, está avalado por numerosos datos.

En primer lugar, por la descripción de una práctica similar en *La isla del tesoro* del británico Robert Louis Stevenson, obra y autor hacia los que Jorge Luis Borges profesó durante toda su vida devota admiración:

-Yo lo vi [a Flint] muerto con estos ojos -dijo Morgan-. Billy me hizo entrar con él. Allí estaba con dos monedas de un penique sobre sus ojos(2).

Otro autor que Borges conocía muy bien -aunque no tuviese un lugar en su catálogo de preferencias comparable al de Stevenson- fue el francés Charles Baudelaire, que introducía *Don Juan aux Enfers* (Don Juan en los infiernos), uno de los poemas más célebres de sus celeberrimas *Fleurs du mal* (Las flores del mal), con los siguientes versos:

Cuando bajó Don Juan a la onda subterránea,
y cuando le hubo dado su óbolo a Caronte,
un sombrío mendigo, airado como Antístenes,
tomó con brazo fuerte y vengador los remos(3).

En cualquier caso, el acto de colocar monedas sobre los ojos, o sobre otras partes del cuerpo o de la indumentaria de un cadáver, no puede ser considerado como un simple y descontextualizado motivo literario exclusivo de Borges, de Stevenson o de Baudelaire, sino como una costumbre funeraria de vieja y arraigadísima -casi universal- difusión, que ninguno de los tres escritores tuvo necesidad de conocer a través de su reflejo en los libros -aunque sobre todo para Borges ello pudo constituir una influencia más o menos consciente a la hora de su puesta en práctica-, sino de las costumbres y de las creencias más arraigadas dentro de las respectivas comunidades en cuyo seno vivieron ambos escritores.

Es sabido, en efecto, que en la moderna geografía tradicional de Hispanoamérica se halla documentada la costumbre de depositar monedas en los féretros de los muertos. En la Argentina rural quedan todavía ecos de la costumbre:

Yo sí he escuchado contar a veces de muertos enterrados con monedas que se colocan en el interior de sus cajas y que se entierran con ellos(4).

De este modo ha sido descrita la práctica del mismo ritual en Chile:

Dentro del ataúd, se coloca una varillita, un pañuelo y una moneda. La varilla es para defenderse de los perros rabiosos; el pañuelo para las escenas tristes; y la moneda para pagar los pecados(5).

En la misma tradición chilena se han podido documentar creencias y prácticas tan curiosas e híbridas -puesto que comparten ingredientes hispánicos e ingredientes indígenas mapuches- como las siguientes:

Unas viejas antepasadas, Trempulcahue, transformadas en ballenas, llevan las almas de los muertos hacia la puesta del sol, cobrando otras ancianas el pasaje, pago que se efectúa mediante llancas sepultadas con el cadáver. El sitio de este recogimiento se llama ngullchen-maihue, lugar accidental de reunión para la gente, y se halla en la Isla Mocha.

Una vieja bruja, en forma de ballena, se lleva al difunto a mejor vida, no sin pagar un derecho de peaje en unos trechos muy angostos que otra vieja bruja guarda celosamente, pronta a sacarle un ojo al que no pague el precio fijado. Y al llegar al cielo, los maridos tienen el mismo número de mujeres que tenían en la tierra, pero no procrean hijos porque todo allí es espiritual(6).

Que este tipo de ritos funerarios hunden -al menos parcialmente- sus raíces en la tradición ibérica, lo demuestra el hecho de que se hayan documentado ampliamente en la España del siglo XX, como demuestran los siguientes textos navarro y andaluz, respectivamente:

En Artaza, un hombre llamado Abraan García, que murió hace unos treinta años, pedía que cuando muriera le pusieran un duro (una moneda de cinco pesetas) en la mano (informa Emilio Redondo que en el cementerio de Artaza han aparecido algunas monedas).

Un puñado de tierra echaban a la fosa los más allegados. También un puñado de perras ("para pagar el viaje"). Al sepulturero se le daba dinero(7).

Pero la antigüedad y la difusión de este rito funerario van mucho más allá, sin duda, de la Hispanoamérica o de la Europa que conocieron Borges, Baudelaire o Stevenson. Son abundantísimas, por ejemplo, las fuentes literarias grecolatinas que describen cómo Caronte, el tenebroso barquero que conducía en su fúnebre barca las almas de los muertos hasta el reino del más allá, solicitaba a cada pasajero este tipo de peaje monetario. Así es cómo, en el siglo II d.C, describió el latino Apuleyo -no sin cierta carga de ironía y de escepticismo- la conveniencia de que los muertos fuesen enterrados con las monedas necesarias para costear el fúnebre trayecto:

Llegarás al río de la muerte, a cuyo frente está Caronte; éste empieza por reclamar el importe del viaje, y, sin más requisitos, transporta a los viajeros a la orilla opuesta en su barca de cuero cosido. Es decir, hasta entre los muertos sigue en vida la avaricia, y Caronte, el poderoso y divino recaudador de Plutón, no hace nada gratis; el pobre, al morir, debe proveerse del importe de su viaje, y si casualmente no va por delante la moneda en la mano, no se le permite exhalar el último suspiro. A ese viejo asqueroso has de darle, a título de peaje, una de tus dos monedas(9).

Pero aunque sea Caronte el personaje mítico al que más se ha asociado, en la tradición occidental heredera de la grecolatina, la costumbre de depositar monedas sobre los cuerpos o en los féretros de los muertos, este ritual debe tener, sin duda, raíces mucho más antiguas y extendidas.

Lo ejemplifica, por ejemplo, la evidencia de que este rito funerario no es exclusivo de la tradición europea ni de la occidental, ya que sabemos que

una costumbre ampliamente difundida en China y en el Japón es la de colocar moneda acuñada o papel moneda, o imitaciones de papel moneda, en las tumbas. Estas monedas, denominadas "el derecho del pasaje", están destinadas a que el muerto pueda pagar al Caronte de la creencia china(10).

En otra tradición tan alejada y exótica como la de Madagascar, han sobrevivido hasta hoy ritos y creencias parecidos, lo que avala, una vez más, la difusión prácticamente universal de esta práctica funeraria:

En nuestro pueblo, los familiares ponen monedas entre las manos del difunto o en los bolsillos de sus vestidos, o directamente entre los pliegues de sus vestidos(11).

En la tradición de los chuetas (judeo-conversos) de Mallorca se halla también documentada una costumbre similar:

Cuando tenía lugar una muerte entre ellos, ponían el cadáver con la cara hacia la pared, lo lavaban con agua caliente, lo vestían con un nuevo sudario, metían monedas en su boca, y vaciaban todo el agua que hubiese dentro de las jarras -todo ello en observancia de la ley mosaica- .

También en la Alemania romántica, los hermanos Jakob y Wilhelm Grimm -tan leídos y admirados, igualmente, por Borges- documentaron una leyenda acerca de la mágica planta de la mandrágora y su relación con los cadáveres que muestra coincidencias innegables con el resto de las creencias que estamos analizando:

Cuando muere el propietario de una mandrágora, la hereda el hijo más joven, pero tiene que ponerle a su padre en el ataúd un trozo de pan y una moneda, y hacer enterrar estas cosas con él. Si el heredero muere antes que su padre, le corresponde al hijo mayor, pero entonces es el más joven el que ha de ser enterrado con el pan y con la moneda .

De todos estos datos y de todos estos textos podemos deducir que, en un momento tan dramático y tan determinante en la vida de Jorge Luis Borges como fue el de la despedida final de su anciana madre, con la que a lo largo de tantos años convivió, el escritor se mantuvo fiel a determinados ritos consuetudinarios, bien conocidos seguramente por él, de preparación de los cadáveres, y al inmenso caudal de conocimientos literarios y culturales -de su propia tradición y de muchas otras tradiciones- que su memoria atesoraba.

Las monedas que acompañaron a su madre al otro mundo fueron el último y más adecuado don que un hombre y un intelectual tan apegado a sus propias raíces y tan conocedor de las raíces culturales de los demás como fue Jorge Luis Borges pudo entregar, en el momento de la muerte, a la persona que muchos años antes le había dado la vida.

NOTAS:

- (1). ABC CULTURAL, 12 de junio de 1999, p.10.
- (2). ROBERT L. STEVENSON, *La isla del Tesoro*, ed. J. M^a Álvarez, Barcelona, Círculo de Lectores, 1994, p. 240.
- (3). CHARLES BAUDELAIRE, *Las Flores del Mal*, ed. A. Verjat y L. Martínez de Merlo (Madrid: Cátedra, reed. 2000) p. 125.
- (4). El informante fue Pedro Zeinsteger, nacido en Resistencia (Argentina) en 1971 y entrevistado por mí en Madrid el 24 de febrero de 2002.
- (5). ORESTE PLATH, *Folclor religioso chileno*, Santiago de Chile, Grijalbo, reed. 1998, p.28.
- (6). ORESTE PLATH, *Geografía del mito y la leyenda chilenos*, Santiago, Nascimento, 1973, pp. 332-333.
- (7). LUCIANO LAPUENTE MARTÍNEZ, “*Estudio etnográfico de Améscoa* (Tercera Parte)”, *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra* IV/11 (1972) pp. 123-165, p. 137.
- (8). JULIO CARO BAROJA, “Notas de viaje por Andalucía”, en *De etnología andaluza*, ed. A. Carreira (Málaga: Diputación Provincial, 1993) pp. 21-232, p. 226.
- (9). APULEYO, *El asno de oro*, ed. L. Rubio Fernández (Madrid: Gredos, 1978) VI:18, p.182.
- (10). ARTURO CASTIGLIONI, *Encantamiento y Magia*, trad. G; Pérez Enciso (México: Fondo de Cultura Económica, reed. 1987) p. 127.
- (11). HARINIRINJAHANA RABARIJAONA, “Los preparativos para el entierro”, *Narrativas orales malgache e hispánicas: convergencias, divergencias y estudio comparativo*, tesis doctoral (Alcalá de Henares, Universidad, 2000) núm. 202.
- (12). BARUCH BRAUNSTEIN, *The Chuetas of Majorca: conversos and the Inquisition of Majorca* (Scottsdale, Pa., Mennonite Publishing House, 1936) p. 57. Vease además SEYMOUR B. LIEBMAN, “*Religión y costumbres judías entre los marranos del nuevo mundo colonial*”, *Sefárdica* 5 (mayo 1986) pp. 41-64, p.56.
- (13). JAKOB Y WILHEM GRIMM, *la mujer del musgo y otras leyendas alemanas*, ed. B. Almeida y J. M. Pedrosa (Oiartzun; Sendoa, 2000) núm. 83.

“Si una tabernera no quiere recibir grano como precio por una bebida y recibe plata por el peso grande y disminuye la calidad de la bebida caso de que acepte como pago el valor del grano, lo probarán contra la tabernera y la arrojarán al agua” (Código de Hammurabi, Ley 108)

INTRODUCCIÓN

Vamos a asomarnos a través de la atenta lectura de los textos sagrados y de la literatura clásica al vasto campo de la cultura vitivinícola para poder reconstruir la cronología del cultivo primitivo, la relación con la medicina, los mitos y el simbolismo en torno al vino.

Los grabados y pinturas murales elaboradas por las grandes civilizaciones del pasado refieren el cultivo, el uso y hasta el abuso de la bebida desde hace milenios en culturas como la egipcia, la griega y la romana, con registros que en muchos casos incluyen diversas listas de vinos, de viñedos e inclusive el nombre del viticultor. El vino, además de los poderes curativos, religiosos y de alegría que conlleva, constituye el centro de la vida social y es motivo de inspiración para los poetas.

ORIGEN

Los pueblos nómadas de hace más de 6000 ó 7000 años ya elaboraban vino a partir de uvas silvestres. Cuando se volvieron sedentarios, la vid fue, junto con el olivo y la higuera, una de las primeras plantas en ser cultivadas y aprovechadas por el hombre. Si bien no ha podido ser demostrada la existencia del cultivo de la vid en Egipto y en Mesopotamia antes del cuarto milenio a.C. y en el Egeo antes del 2500 a.C. hay indicios fiables de que 6000 años antes de nuestra era ya se practicaba, una viticultura rudimentaria en una región ubicada al sur del mar Negro, en las llanuras fértiles de Sumeria.

El descubrimiento de semillas en una gran cantidad de lugares, ciudades y asentamientos

prehistóricos, indica que los frutos de la viña eran apreciados por los primeros grupos de cultivadores neolíticos que se dedicaban plenamente a la caza y la recolección de frutos de distintos tipos para su alimentación.

Según investigaciones recientes, el nombre del vino, tuvo su origen en un término hoy desaparecido de la lengua hablada en el antiguo Cáucaso, la palabra *voino*, que servía para designar el brebaje embriagador fabricado a partir del racimo de la uva. Sin embargo, la mayor parte de los trabajos coinciden en señalar que el nombre del vino – en griego *oinos*, en latín *vinum*, en hebreo *yayin* – proviene de la cuenca del Mediterráneo y penetra en Asia llevado por los prósperos comerciantes armenios. Algunos eruditos insisten en que el nombre de Italia deriva de *vit* (*eit*), *vitis* y la raíz *al* (*alere*, nutrir) de donde *vitalia* sería la región que produce la vid. La teoría no es descartable puesto que se han encontrado inscripciones anteriores al latín cuya grafía suena con la misma raíz *vid*. Por otra parte, los antiguos llamaban a la península itálica, *Oinotria* o *Enotria*, país del vino.

El cultivo de la viña y la elaboración del vino está bien atestiguado en Mesopotamia, según consta en las tablillas cuneiformes. Era la bebida favorita de reyes y mercaderes, y se le consideraba símbolo de fecundidad. Una escultura hitita del rey Warpalawas muestra al dios de la fertilidad con ramos de uvas.

La cultura del vino emergió con las primeras civilizaciones como queda demostrado en tablillas, papiros y tumbas egipcias. En las tumbas de los grandes personajes, como los faraones y sacerdotes, se han hallado jarras para vino, que fueron colocadas para acompañar al difunto en su viaje al más allá. Un ejemplo ilustrativo es el del faraón Tutankamon en cuya tumba se encontraron jarras de vino perfectamente selladas con la marca del cosechador, lo que demuestra que la profesión de viticultor era una de las más apreciadas. Donde primero se mencionó por escrito la palabra vino – *arp* – fue al estudiar los jeroglíficos egipcios por Champollion en 1822.

Las necrópolis de los gobernantes y oficiales del Imperio Nuevo contienen pinturas donde se reflejan escenas del cultivo de la vid, su recolección y el posterior proceso de elaboración del vino. En papiros del siglo XI a. C., de la época del

faraón Ramsés III, se describe la elaboración del vino en Egipto, y hasta nombran la cepa preferida por el monarca llamada *kankomet*. Ateneo, Dión, Estrabón y otros escritores antiguos dieron testimonio en sus escritos de la existencia de viñedos y de la elaboración del vino en Egipto. La producción vinícola egipcia no sólo sirvió para las celebraciones religiosas —ocupaba una posición destacada en las listas de ofrendas funerarias— sino también para fines terapéuticos y, fundamentalmente, para la vida social. El consumo de vino estaba reservado para el faraón, su familia y los altos dignatarios del país. Los sacerdotes poseían el monopolio de su elaboración y con él obtenían cuantiosos beneficios, sirviéndoles a su vez, para aumentar su prestigio e influencia sobre la población (Fig. 1).

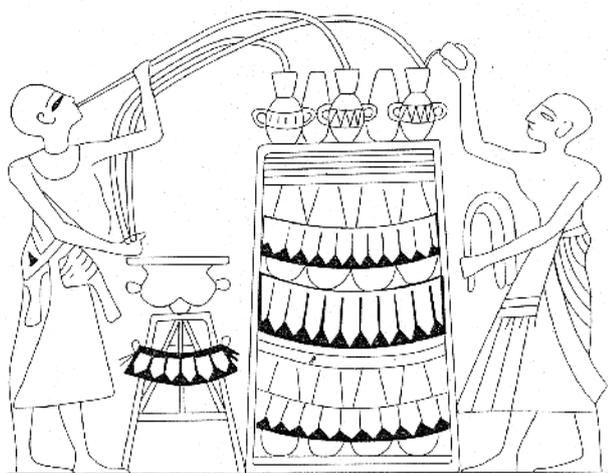


Fig 1 - Pintura egipcia que representa la mezcla de vinos y donde se muestra el carácter esencial del vino en la vida de la nobleza (Tumba de Amanemhat, alrededor del 1400 a.C)

El origen del vino es tan incierto como antiguo y, quizá por ello, el nacimiento de la vid fue argumento frecuente de mitos y leyendas y se vio rodeado de un halo de misterio en las civilizaciones antiguas.

Hay referencias anteriores, como por ejemplo los babilonios, quienes no tenían una palabra específica para denominar a la bebida sagrada y la llamaban *elixir de la vida*. En cuanto al descubrimiento del vino el famoso relato de la epopeya de Gilgamesh (1800 a.C.) narra las aventuras de este héroe babilónico, quien entró en el Reino del Sol y encontró un viñedo mágico formado por piedras preciosas, del que bebió el jugo que producían sus uvas. Una de las más bellas leyendas, cuyo escenario es el reino de Dsemit, recrea el amargo desencanto del amor no correspondido de una con-

cubina que había perdido los favores del soberano para explicar el descubrimiento del vino por fermentación espontánea. En el palacio real, una terrible noticia había conmovido a esclavos, sirvientes y cortesanos: en los depósitos donde se almacenaban los racimos de uvas, se desprendía un gas (CO₂) resultante de la fermentación del mosto que había estado a punto de causar la muerte de los encargados del almacén. Al desconocer la causa, Dsemit mandó clausurar los depósitos hasta que sus sabios consejeros aclararan el enigma, lo que agrió aun más su carácter. La concubina se dirigió a los sótanos reales y bebió el líquido supuestamente venenoso que manaba de las pilas de racimos, dispuesta a sacrificarse por el amor real. El soberano, al enterarse, corre a los sótanos para salvarla y encuentra a la bella joven, que canta y danza, presa de una contagiosa alegría que incita al rey y a su séquito a probar aquella desconocida bebida. De esta fantástica manera entra el vino a formar parte de la historia.

El mundo clásico forjó gran número de mitos en relación con el cultivo de la vid y el descubrimiento de las propiedades de su fruto, atribuyéndolo a distintas divinidades o personajes mitológicos.

En Grecia fue Dionisos quien protagonizó la invención del vino (Fig 2). En una cacería, el dios se sintió atraído por la belleza de Ampelos, un joven frigio al que, en pugna con Apolo, logró seducir. Algunas damas del Olimpo, celosas, consiguieron que un toro matase a Ampelos. Para mitigar el profundo dolor de Dionisos, la terrible Atropos transformó el cadáver en un verde arbusto: la vid. La sangre de Ampelos se convirtió más tarde en el jugo del racimo y este divino néctar proporcionó al hombre la bebida bienhechora que sana los males del cuerpo y del espíritu.

Los anales míticos refieren que el primer hombre que cultivó la vid fue Icaro, un rey del Peloponeso, entre cuyos amigos se contaba el propio Dionisos. El dios instruyó al monarca en el arte de la vinificación sin prever las funestas consecuencias que seguirían a ese conocimiento. Una vez que los lagares rezumaban su denso olor, ofreció a los vendimiadores que bebiesen un poco del líquido desconocido por ellos. Los inexpertos trabajadores se embriagaron, y creyendo que el rey los había envenenado mataron al anfitrión, y la hija de éste se suicidó al conocer la desventura de su padre. Como castigo, Dionisos provocó la locura de las jóvenes familiares de los asesinos.

Según Diodoro de Sicilia fue Icaro quien recibió de Baco el secreto de la viticultura. Aquél distribuyó la nueva bebida entre unos labradores, parte de los cuales se embriagó y, creyendo los



Fig 2 - La simbología mítica que el vino adoptó en la antigua Grecia queda reflejada en la figura de Dionisos, dios protector de la vid, el dispensador de la vida, el fructificador, el liberador del espíritu y del instinto, quien enseña al hombre a elaborar el vino.

otros que había intentado envenenarlos, le dieron muerte. La misteriosa desaparición de Icaro preocupó a su hija que, guiada por su perra, llegó hasta el pozo y descubrió el cadáver de su padre. Desesperada por el dolor, la joven se ahorcó, y la fiel perra murió de hambre junto al pozo.

Otra leyenda semejante narra que un pastor de la región griega de Etolia, llamado Staphylos, criado de Oinos, observó que una de sus cabras se separaba frecuentemente del rebaño y se recogía al redil después que las otras. Deseando conocer la causa, la siguió y vio que comía el fruto de una planta que él desconocía. Tomó algunos racimos y

los llevó a Oinos, éste los exprimió y conservó algún tiempo el zumo, ofreciéndoselo a su huésped Liber Pater, quien agradecido, le reveló la viticultura.

El descubrimiento del vino fue un hecho casual. Pero podemos imaginar que un depósito donde se almacenaron las uvas recogidas al final del verano fue olvidado en un rincón de una cueva o cabaña. Durante el invierno se produjo la fermentación, y transcurridos unos meses el hombre probó el zumo fermentado, comprobando sus agradables aromas y efectos. De inmediato, el hombre incorpora el vino a sus hábitos alimenticios y costumbres sociales. Otra hipótesis sugiere que los hombres habrían observado que un jugo de frutas azucarado expuesto al aire libre algunos días se convertía en un brebaje con propiedades psicotrópicas. Tal vez, debido estas propiedades, y a los misterios de la fermentación, se tendió a sacralizar la bebida y a usarla con fines místicos o sagrados.

Pero ningún pueblo honró tanto al vino como el griego, herencia que, sumada a la de Roma, está en los orígenes mismos de nuestra civilización. Las tres comidas diarias de los griegos constaban básicamente de pan, carne de cordero y abundante vino. Sólo se bebía vino puro antes del banquete, en honor del dios. Ni siquiera dejaban de brindar durante los azarosos viajes en sus frágiles barcos y la cantidad de ánforas encontradas en el fondo del Mediterráneo atestiguan el hecho. *La Odisea* relata que Telémaco, para un viaje de sólo doce días, carga su ínfimo trirreme con doce ánforas de vino tinto.

Si queremos saber lo que el vino representó en la vida cotidiana de los griegos, basta mencionar la práctica de un juego popular de salón: el kottabos (1).

Pero aunque es una sofisticada demostración de ocio, demuestra cuan importante llegó a ser el néctar de los dioses en todos los ámbitos de la vida griega. El *symposion* era un banquete donde se libaba, cantaba poesía lírica, se practicaban diversos juegos y se intercambiaban ideas filosóficas. Los adolescentes estaban presentes oyendo la conversación y aprendiendo el sistema de normas y valores aristocráticos. El suministro de vino estaba claramente organizado y ritualizado por el simposiarca, que tiene la función de determinar la proporción en que debe realizarse la mezcla del vino con el agua y de fijar el número de copas que debía vaciar cada uno de los comensales en las distintas rondas, es decir, su misión es la de regular la justa medida en el beber.

Las propiedades que los antiguos atribuían al vino era la razón de que no faltara nunca en la

mesa de la hospitalidad, ya que esta bebida hace recobrar al extraño la fuerza y valor, le hace olvidar el hambre, la sed, las fatigas y las preocupaciones, devolviéndole su alegría, y le suelta la lengua, de forma que dirá la verdad sobre su identidad y lo que ha venido a hacer a tierra extraña cuando se le hagan las preguntas rituales.

En Roma, antes de ser consagrado a Baco, la mitología latina dice que el vino fue introducido por Saturno, - el dios de los sembrados y de la viña, representado por la hoz del segador- que llevó la vid a Creta e introdujo su cultivo en el Lacio.

Los descubrimientos arqueológicos de ánforas y de representaciones en tumbas en el Latium arcaico indican que el vino ya era conocido a finales del siglo VIII a.C. Coincidiendo con el reinado de Numa las fuentes literarias comienzan a insistir sobre la importancia del vino. Así, Plinio nos cuenta que Rómulo sustituyó la leche por el vino en las libaciones a los dioses.

El consumo de vinos de calidad en los banquetes romanos era considerado un símbolo de distinción y de elegancia. Al mismo tiempo servía para agasajar a invitados ilustres, tanto por mero placer como por la búsqueda de contrapartidas en forma de beneficios del tipo que fuesen.

DE LO PROFANO A LO RELIGIOSO

Los diversos efectos del vino, como la euforia, alegría, somnolencia y hasta la alucinación cuando se ingería en gran cantidad, pudo ser la causa de que se le relacionara con las fiestas tanto religiosas como paganas, e incluso se le dedicaran plegarias y ceremonias a los dioses que lo habían regalado al hombre.

En el libro sagrado se mencionan la viña, el vino y el viticultor en numerosas ocasiones con una asombrosa aportación de metáforas y proverbios que ilustran la trascendencia del preciado caldo en la cultura judaica. Uno de los pasajes bíblicos localiza con exactitud lo que pudo ser el más antiguo centro de viticultura, cuando Noé plantó la primera viña en el lugar donde actualmente se encuentra el monasterio de Etshmiadzin. El libro del Génesis en un sorprendente relato nos dice: “*Noé, que era labrador, plantó la primera viña, y habiendo bebido su vino, se embriagó.*” Otros textos llamados “Tárgum” nos informan también: “*Noé comenzó a ser un hombre cultivando la tierra, y encontró una cepa de vid que el río había arrastrado del jardín del Edén.*”. El vino fue una bebida muy conocida desde el tiem-

po de los patriarcas, y el cultivo de la vid estaba muy extendido por toda Palestina que se gloriaba de ser muy rica en viñedos (Dt.8, 8). Eran famosas las uvas de Eskol, junto a Ebrón (Núm. 13,23) y el vino del Líbano (Os. 14,8). La bendición de Yahveh o su castigo sobre el pueblo elegido se podía traducir en una cosecha más o menos abundante (Dt. 7, 12-13).

Los hebreos, en la Biblia, tienen diez palabras diferentes para distinguir las clases de vinos. Uno de ellos, *tirsoh*, parecido al actual vino griego, se hacía con pasas de uva y era dulce. Otro, era aún más dulce y se llamaba miel de vino (*dehash*) obtenida haciendo hervir el mosto hasta reducirlo a la cuarta parte. También tenían el vino añejado y el vino con especias, como la mirra y la canela. Esto nos proporciona una idea de la perfección que alcanzó Israel en el arte de la elaboración de los vinos. Tanta era su fama, que como consta en el Libro de los Reyes, los invasores babilónicos tenían orden de arrasar todo, respetando los viñedos y sus trabajadores.

Un poema del profeta Isaías “*El canto de la viña*” describe con sobriedad los trabajos relacionados con el cultivo del viñedo: “*Mi amigo tenía una viña en una loma feraz, la cavó, quitó las piedras, plantó cepas selectas, en medio de ellas construyó una torre y excavó también un lagar; y esperaba que produciría uvas...*” (5,1-2). La descripción es viva y rica en detalles, de la cual podemos deducir que la práctica del cultivo en estos tiempos es similar a la de nuestros días. Alrededor se construía una cerca, para protegerla de los animales, especialmente del jabalí y de las pequeñas raposas (Cant. 2,15).

Otros autores bíblicos evocan ciertas tareas de mantenimiento: quitar todo sarmiento que no da fruto y limpiar el que da fruto (Jn. 15, 2), arrancar las hierbas, mantener los muros (Prov. 24, 30-31) y regar la viña (Is. 27,3). De la inversión requerida para el cuidado de los viñedos, podemos aprender a través de su cotización en el mercado de esa época: “*El lugar donde había mil cepas, por valor de mil siclos de plata...*» (Is. 7, 23).

Los textos bíblicos no nos dan información sobre la preparación del vino de orden enológico. El vino era puesto en grandes tinajas donde fermentaba; se le dejaba reposar sobre su poso para clarificarlo (Jer. 48, 11-129), luego era trasvasado a otras ánforas, cantaros y pellejos de piel.

La vendimia siempre ha sido motivo de festejos, en todas las latitudes, quizás porque el vino es vehículo y símbolo de la alegría del cuerpo y del espíritu (Is. 16, 10). Duraba desde mediados de septiembre hasta mediados de octubre, cuando los racimos se llevaban al lagar, excavado dentro

de la misma viña donde los hombres descalzos pisaban los racimos al ritmo de canciones y de gritos (Jer. 25, 30 ; 48, 33), mientras que el mosto fluía por un segundo canal en una segunda tina más profunda. El viñedo servía también como sitio de recreo no sólo para sus dueños, sino para sus paseantes. Es conocida la tradición de las hijas de Israel, que salían el día 15 de Av y en Iom Kipur a bailar en los viñedos, eran esos días considerados como grandes fiestas.

La vendimia daba ocasión para el regocijo popular. El Libro de Jueces nos relata que cuando la tribu de Benjamín fue casi aniquilada, los benjaminitas carecían de mujeres para perpetuar las familias, las demás tribus, afligidas por sus hermanos de raza, les aconsejaron preparar una emboscada en las viñas, y cuando las jóvenes de Siló salieran para danzar en corro, aparecer de improviso y raptarlas.

Los antiguos israelitas disponían de una legislación minuciosa que fijaba los límites sobre la defensa de la vid, los viñedos y sus cultivadores. Por ejemplo, el que plantaba una viña no podía comer de su fruto antes del quinto año, pues en el cuarto toda la cosecha debía ser ofrendada a Yahveh (Lev. 19,23-25). El año sabático y el año del jubileo, los propietarios no podían aprovecharse de sus frutos, ya que éstos debían ser cedidos a los pobres, a los huérfanos y a los extranjeros.

Los racimos caídos no debía recogerlos el propietario, pues eran para los pobres, las viudas y los forasteros que pasaran por allí. Los viajeros que pasaran junto a su viñedo tenían libertad para comer uvas, pero no podían llevárselas como da testimonio el versículo sagrado (Dt 23, 24): *“Cuando entras en la viña de tu prójimo, podrás comer uvas hasta saciar tu apetito; pero no guardarlas en tu zurrón”*.

El Deuteronomio nos da a conocer la importancia que se le concedía al cuidado del viñedo. Después de cuatro años de trabajo, cuando el agricultor estaba a punto de recoger los primeros racimos de su viñedo se le eximía de prestar servicios en la guerra. También en uno de los preceptos del Torá se recoge la exención del servicio militar por el mismo motivo.

Según el Libro del Eclesiástico (29,36), el vino forma parte de las cosas indispensables para la vida del hombre. En otro fragmento del mismo texto bíblico añade: *“¿ Qué vida es la del hombre que no tiene vino? El vino ha sido creado para alegría del hombre”*(Eclo.31, 27). El autor sagrado ha debido constatar la tristeza de las gentes que no bebían vino lo que le habría inspirado añadir *“una jornada sin vino es una jornada sin sol”*.

Esta bebida era de uso común entre los hebreos, utilizándose en las comidas cotidianas, festines y banquetes fúnebres, estimándose además que era una desgracia general las malas cosechas y por esto los falsos profetas se hacía escuchar prometiendo un buen año de vino. El Eclesiastés reconoce la virtud del vino cuando dice: *“ El vino tomado con templanza es una segunda vida”* y lo considera uno de los elementos necesarios para la vida del hombre. Dios mandó a Moisés que, para la consagración de los sacerdotes, ofreciera una libación de vino. El rey David expone que la tierra produce: *“ el vino que alegra el corazón del hombre y hace más que el aceite resplandecer su rostro”*.

El viajero lo llevaba consigo y se almacenaba por las tropas (2 Crón. 11,11). Parece ser, por la expresión *“sangre de uvas”* (Gén. 49,11), que los israelitas bebían sobre todo, vino tinto. También dicha bebida se servía en los banquetes (Is. 5,12 y Jn. 2, 1-10).

Desde el taoísmo hasta el cristianismo, el vino aparece en un sinfín de ceremonias y ritos. El vino, que debía ser fermentado, se derramaba sobre el altar de los holocaustos (Eclo. 50,17). Más tarde se le añadió un significado especial al vino que acompañaba al cordero pascual. El destino más elevado que recibe el vino en toda la Biblia tuvo lugar en la última Cena, cuando Jesús se sirvió del pan y del vino para instituir la Eucaristía.

La imagen literaria más antigua que encontramos en la Biblia con relación al vino, es la de la viña con la que Yahveh designa a su pueblo (Ez.19, 10-14; Is. 3, 14; Jer. 2,21). La vid es la imagen de la sabiduría: *“Como vid eché hermosos sarmientos, y mis flores son frutos de gloria y riqueza”*(Eclo.24,17). En el Nuevo Testamento, la viña aparece en la parábola de los obreros que van a trabajarla (Mt. 20, 1-16), y en la alegoría de la vid y los sarmientos (Jn. 15, 1-17).

Pero el vino ha sido fuente de inspiración de otras metáforas bíblicas. Los sucesores de Noé en el patriarcado judaico nunca dejaron de reunir a sus hijos, alrededor de su lecho de muerte, para bendecirlos con una deprecación que consideraban sintética y suprema: *“ Dios os conceda siempre, hijos míos, vino en abundancia”*. De hecho, cuando quiere el Señor castigar a su pueblo, le anuncia: *“ Cultivarás tu viña, pero no la vendimiarás porque será comida por los gusanos”*. Por el contrario, cuando se trata de recompensarlo, le declara. *“Porque me obedeces te enviaré lluvia en el tiempo propicio; apenas hayas batido tu trigo, irás a vendimiar y la vendimia será copiosa”*. Con una breve sentencia califica la Biblia de dichoso a un pueblo: *“Es país de buen vino”*

En el Corán, el profeta Mahoma reservaba a los elegidos el Tasnín, la fuente del vino paradisíaco, el río de vino del paraíso, donde los bienaventurados podrán comer, beber y rodearse de huríes.

En la Historia de la Docta Simpatía (*Las Mil y Una Noches, noche 280*), a la pregunta del sabio acerca del vino, la ilustrada joven contesta: “¿Cómo puedes interrogarme acerca del vino cuando el libro es tan explícito sobre este particular? A pesar de sus numerosas virtudes, está prohibido porque turba la razón y enardece los humores. El vino y el juego de azar son dos cosas que debe evitar el creyente, bajo la pena de mayores calamidades”.

La gran obra universal *Las Mil y Una Noches* demuestra el notorio uso y abuso que los devotos de Alá hacían del vino a lo largo del día. Uno de sus manjares más preciados era la joroba aromatizada con vino, que se cocía con frutas y nueces perfumadas.

REMEDIO DEL CUERPO Y DEL ALMA

Desde que el vino hizo acto de presencia en la vida cotidiana del hombre, éste supo valorar sus virtudes medicinales. Los antiguos egipcios, los griegos y los romanos, lo convirtieron en elemento básico de su farmacopea, tradición que mucho más tarde fue recogida por los alquimistas medievales.

En la mayoría de las culturas, el vino servía para distraer la fatiga y el aburrimiento de la vida diaria, al tiempo que aliviaba los dolores irremediables. Hoy disponemos de un sinnúmero de alternativas prácticas contra el dolor y el malestar. Hasta nuestro siglo, el único analgésico al alcance de todos era el alcohol. Una de las prescripciones médicas, refrendada por el mismo Dios, y recogida por el libro de los Proverbios, nos dice procede esta prescripción médica: “*Dad los licores al que va a perecer, el vino al corazón lleno de amargura. Que él beba y olvide su miseria y que no se acuerde más de sus penas*”(31, 6-7).

En el Nuevo Testamento Jesús sancionó el consumo de alcohol; hizo el milagro de la transformación del agua en vino, un acto en el que podría reconocerse la bondad sobre la naturaleza contaminada del agua. El gran viajero y geógrafo griego Pausanias, recogió en el siglo II a.C., un milagro del vino, no muy distinto del que realizó Jesús y quizá fuera empleado en la temprana iconografía cristiana. Sus discípulos dictaron medi-

das para procurar un equilibrio entre el uso y el abuso del vino, pero nunca apoyaron la prohibición total. San Pablo y los Padres Apostólicos insistieron en su consumo con moderación. En vez de enquistarse en la censura del vino por sus efectos sobre la compostura, lo consideraron un regalo de Dios, tanto por sus cualidades medicinales como por el alivio que aportaba frente a la angustia de la vida diaria y el dolor. El uso del vino como curativo ya lo cita San Pablo, quien recomienda a Timoteo no beber agua, sino usar un poco de vino por causa de su estómago y sus frecuentes enfermedades. Este consejo es consecuencia de que el agua en tiempos bíblicos estaba contaminada, pues no tenían formas modernizadas de purificar el agua.

En las festividades religiosas judías, como el *Pesach* o Pascua, está reglamentado que los judíos han de beber cuatro copas de vino; dos en las bodas y una en la ceremonia de circuncisión; en todos los demás casos, antes de beber vino, ha de realizarse una invocación. Por tanto, la tradición judía usa el vino con moderación y como beneficioso para la salud, y además, lo introduce como elemento ceremonial en los rituales religiosos

Los rabinos durante siglos redactaron los tratados talmúdicos, que eran recetarios empíricos, en los que se mezclaban conocimientos de farmacopea con creencias populares. Los textos rabínicos que contienen prescripciones curativas son numerosos y reseñaremos algunos de ellos. Un pasaje del Talmud ensalza las virtudes medicinales del noble jugo de la uva y dice: “*A la cabeza de todos los remedios estoy yo, el vino, que toma su lugar; allí donde falta el vino es menester recurrir a la droga*”. En otro se aconseja tomar vino al que ha sufrido una hemorragia para recuperarse, ya que ocupará el lugar de la sangre ausente. Aunque la medicación talmúdica es empírica, también participa de la magia homeopática al comparar el vino con la sangre.

Para prevenir los efectos de la borrachera, la Michna aconsejaba: “*Tomad aceite y sal y frotaos con ello la palma de las manos y la planta de los pies, exclamando: Así como es claro este aceite, que sea igual el vino...*”, es decir, que no le perturbe el espíritu.

Para el que deseaba evitar las enfermedades de las vísceras, se recomendaba remojar el pan en vinagre o en vino. La receta que se aconsejaba para curar el asma era tomar tres pasteles de trigo candela, bañarlos con miel y luego de comerlos, beber vino puro.

El vino jamás dejó de ser la bebida favorita de todos los pueblos, y hasta su aparición en los sueños era un suceso auspicioso. Un texto talmúdico

lo manifiesta elocuentemente: "Soñar con un líquido cualquiera es de mal augurio, con una excepción: el vino".

Existen otras supersticiones en el folklore judío. Por ejemplo, se dice que un hombre no debe comer o beber en compañía de un número par de personas; tampoco debe beber un número par de vasos de vino, pues entonces su sangre subirá a la cabeza. Tampoco debe salir después de haber bebido un par de vasos; si se queda sentado, no hay problema.

Una creencia popular judía nos dice que cinco actos nos hacen recordar las cosas aprendidas: el pan tostado o cocido con carbón, los huevos pasados por agua sin sal, el uso constante del aceite de oliva y como bebida, beber vino perfumado y el agua sobrante donde se ha amasado el pan.

Los comentarios rabínicos no se refieren sólo a las consecuencias morales de los excesos báquicos, sino que abundan en apreciaciones sobre sus efectos sobre el cuerpo del individuo. El rabino, Abba Saúl, decía que, cuando se ocupaba de amortajar a los muertos, observaba sus huesos, y advertía que los huesos de los que habían bebido licores fuertes tenían el aspecto de estar quemados. Si había cometido excesos en el beber, sus huesos no contenían médula; pero si había bebido con moderación, estaban llenos de esa sustancia vital.

El vino aparece en no pocas ocasiones como elemento de placer espiritual, estímulo de la actividad creativa hasta llegar a afirmar Plutarco que Esquilo escribía sus obras bajo los efectos del vino. La frase *in vino veritas*, que conocemos desde Teócrito hasta Tácito alaba las virtudes del vino en la conversación no sólo desde el punto de vista de la franqueza sino también del ingenio. Se convierte, a su vez, en motivo de alabanza por parte de poetas como Tibulo, Ovidio y Horacio, llegando este último hasta a maldecir a los que no saben beber.

Las odas de Horacio constituyen un tipo poético predominante de bendición y elogio a unos temas determinados entre los que resaltamos el vino y los placeres del banquete. Una de las virtudes que Horacio atribuye al vino es la de alejar los sinsabores y tristezas de la vida. Así, en la oda 1,7 el poeta aconseja al destinatario del poema, Planco, poner fin con el vino a los males del ánimo. En el mismo poema reitera este poder extraordinario del vino para dar ánimo en los momentos difíciles de la vida, pero, en este caso, asociado al vigor guerrero que los soldados pueden experimentar en su interior gracias a la bebida del licor de las uvas.

La misma idea se encuentra en el carmen 2,12, una pieza amorosa que nos presenta a una mujer cautivada por un deportista. Ella sufre agobiada por las tribulaciones del amor y el poeta le aconseja beber vino que, como remedio del alma, puede ayudarla a no sufrir.

Igualmente, en la oda 1,8 que constituye por completo una alabanza de la vid y el vino, la característica que más destaca es la de ser un buen reconstituyente contra los males espirituales, y no porque tenga propiedades curativas, sino porque nos puede alejar temporalmente y distraer de nuestras angustias.

En el Epodo XIII, el poeta exhorta a sus amigos a aprovechar la ocasión para alegrarse con vino cuando con más fuerza se hace sentir el invierno.

También Ovidio en su poema elegíaco *Tristia* III, 3.21-24 confiesa utilizar en varias ocasiones el vino para aliviar sus males, aunque su tristeza en el destierro es tan grande que no surte ningún efecto. Incluso llega a aconsejar una borrachera fingida para conseguir el favor o el perdón de la amada.

Para hacer olvidar la tristeza por la desaparición de los seres queridos, Helena echa en la cratera donde se saca la bebida un remedio ingenioso proveniente de Egipto. Este pasaje de la Odissea que ofrece el primer testimonio contra el dolor del alma es muy conocido en la literatura griega. Pero si se abusa de ella el espíritu se vuelve jactancioso y soberbio, pudiendo llegar a perderse el valor, la fuerza y el autocontrol.

El efecto curativo del vino era bien conocido por los antiguos griegos. Hipócrates llamó la atención sobre sus virtudes terapéuticas con la explicación de que tanto la bebida como la comida, tanto el sueño como el amor deben ser moderados.

La lectura hecha por el médico griego Rufo de Efeso (Siglo I d.C) en una exposición sobre el vino, conservada por Oribaso, alaba el vino por ser más saludable que cualquier otra cosa porque el vino puede dar calor, entonar el cuerpo y digerir los alimentos.

Que se encuentre al vino propiedades terapéuticas puede sorprender, pues la tendencia actual sería más bien acusar al alcohol de todos los males. Sin embargo trabajos recientes sostienen que el consumo moderado de vino tinto en las comidas es una precaución eficaz contra el colesterol. Los médicos griegos no conocían el colesterol pero no dudaban que el uso del vino tenía un efecto benéfico sobre la salud. El tema de la justa medida en el empleo del vino era ya formulado por el

poeta Théognis en el siglo VI a.C : “ *El vino bebido en abundancia es un mal, pero si se bebe con moderación no es un mal sino un bien*”.

El objeto de los principales catálogos sobre las variedades de vinos no es solamente poner en guardia contra los peligros del vino sino sobre todo precisar su acción benéfica y su utilización en el régimen de las enfermedades y también en las gentes de buena salud. El vino es en primer lugar considerado por los médicos como un alimento como lo refleja Hipócrates en sus **Aforismos:** “ *Beber vino puro disipa el hambre*”. La facultad nutritiva del vino no es puesta en duda por ningún médico griego, incluso se emplea la palabra alimento aunque no es admitido por todos. Es un tónico, así cuando el tratado hipocrático de las *Mujeres estériles* da consejos se dirige al hombre para la procreación, precisa que cuando va a unirse a la mujer no debe estar en estado de embriaguez pero sin embargo debe haber bebido vino, se trata de vino negro cuya potencia garantizará la fuerza del feto. Soranos en las *Enfermedades de las mujeres* desaconseja el vino si se quiere conservar el feto justo después de la concepción cuando la semilla no está todavía bien fijada porque el vino se extiende violentamente por el cuerpo haciendo que la semilla se desprenda; contrariamente aconseja el vino después de la concepción cuando la mujer quiere abortar. En otro tratado hipocrático *Naturaleza de la mujer* se prescribe beber vino cuando una mujer no le viene las reglas en el momento esperado.

La función homeopática del vino es mencionada explícitamente por Galeno. Según él son los vinos tintos y espesos los más útiles para la formación de la sangre porque el cambio de vino en sangre es más fácil. Igualmente en el caso de los autores latinos como Plinio: “ *el vino conserva las fuerzas, la sangre y el color del rostro*”. Tampoco es extraño ver a médicos prescribir el vino en ciertas enfermedades, aunque es particularmente recomendado en las enfermedades cardíacas donde es a veces el único medio de salud según Aritio.

Asclepiades, un profesor de elocuencia romano de comienzos del siglo I a.C. que cambió su profesión por la de médico, sostenía que las virtudes del vino estaban por encima de las virtudes de los dioses. En el libro XXIII, 29 ss. de Plinio nos encontramos con un listado completo de las características de los vinos así como de sus aplicaciones medicinales.

El tratado hipocrático del uso de los líquidos consagra un capítulo entero a la exposición de los usos externos del vino para curar las heridas. El vino es igualmente utilizado después de las intervenciones quirúrgicas. El uso externo del vino en

el caso de las heridas continuará después de Hipócrates. “ *Los vinos viejos y dulces son buenos para las heridas y las inflamaciones aplicándolos en lana grasa*” como dice Dioscórides en su *Materia médica*. La eficacia del vino en las heridas conserva sus propiedades antisépticas que han sido confirmadas por la ciencia moderna.

El vino entra a formar parte en la composición de cataplasmas, tanto en cirugía como en ginecología, si faltan las plantas necesarias para aplicar sobre la herida; el autor hipocrático de las *Afecciones* aconseja amasar harina con agua o con vino y aplicarla.

También, el vino se utiliza en la composición de ungüentos con diversos usos médicos; para los ojos, miel y vino dulce viejo cocido conjuntamente; para la inflamación del recto se preconiza un ungüento hecho de huevos cocidos en vino negro teniendo bouquet que se extiende sobre el ano y para el tétanos se propone untar la parte dañada con una preparación caliente hecha de hojas maceradas en vino blanco con aceite.

PRESCRIPCIONES RELIGIOSAS Y MORALES

La Biblia advierte de los excesos de la bebida (Prov. 23, 31-35), y considera la embriaguez como una de las obras de la carne que cierran al hombre la puerta al reino de Dios (Gal. 5, 21).

Los moralistas cristianos difunden cierta prevención contra el vino por haber sido fuente de todos los males para el alma y para el cuerpo como da testimonio en algunas citas bíblicas:

“ *Amargura de espíritu produce el vino bebido en exceso, acompañado de contiendas y desafíos.*” (Eclo. 31, 37-38).

“ *Fornicación, vino y mosto quitan el juicio*” (Os. 4, 11)

“ *Echando suertes sobre mi pueblo, dando un mozo por una prostituta, y una doncella por el vino que se bebían*” (Jl. 3, 3).

“ *No te vayas con los bebedores de vino, ni con los que se atracan de carne*” (Prov. 23, 20).

“ *No os embriaguéis con vino, pues en el está la lujuria; sino sed llenos del Espíritu*” (Ef. 5, 18)

A pesar de que en los textos sagrados se ordena el empleo del vino en los ritos como ya comentó anteriormente; sin embargo, se prohíbe su consumo a Aarón y a sus descendientes, a los sacerdotes, cuando hayan de entrar en el tabernáculo

para que sepáis discernir entre lo sagrado y lo profano, lo puro y lo impuro y enseñar a los hijos de Israel todas las leyes...(Lev. 10, 10-11). Es decir, para que no actúen en el ministerio sagrado bajo los efectos embriagantes del vino, y tampoco deberán consumir vino ni licores los reyes y los príncipes para que no olviden las leyes y alteren el derecho de todos los afligidos (Prov. 31,4-5).

Una tradición rabínica cuenta que el árbol del cual Adán comió el fruto era la vid, ya que ningún otro aporta tanta desolación al hombre. Para no pecar, bastaba con abstenerse de llegar a la embriaguez porque el vino excita al hombre y a la mujer a librarse de la impureza.

El Talmud hace varias recomendaciones explícitas sobre la conveniencia de evitar el licor y sus efectos sobre la conducta. Lo mismo que la Biblia, exalta las virtudes del vino, pero advierte acerca de los resultados del mucho beber:

“Cuando entra el vino, el buen sentido se va; cuando entra el vino, los secretos se escapan”. Este efecto universal del alcohol sobre la locuacidad del hombre tiene una curiosa relación. Como se sabe la gema tría o ciencia hermetista del valor numérico de las palabras, otorga a la voz hebrea yayin (vino) el número 70, que es el mismo número que se destina para la voz sod (secreto).

Muchos otros pasajes del Talmud aluden a los efectos del vino. Uno de ellos es especialmente significativo: *“El vino a mediodía es una de las cosas que hacen salir al hombre de este mundo”*.

En el momento de la llegada del Islam a la península arábiga, las poblaciones locales consumían diferentes clases de bebidas alcohólicas extraídas del trigo, de la cebada, de los dátiles, racimos frescos o secos, miel y maíz. Parece claro que no faltaba ocasión para que la embriaguez y la borrachera fueran permanentes, degenerando en escándalos frecuentes que causaban en algunos consumidores conductas marginales, incesto, pederastia y otras violencias sobre sí mismo y sobre el prójimo, así como entregarse a los juegos de azar. Incluso los neófitos convertidos al Islam y a la cabeza los discípulos del profeta, las consumían durante las reuniones de los comentarios de los primeros textos revelados lo que provocaba algunas veces errores en las plegarias.

De las suras que abordan el vino, la primera revelación (Sura XVI, 69), nos lleva a considerar que el consumo del vino y sus consecuencias sociales no preocupaban a ninguna autoridad religiosa del Islam. En este primer versículo, el vino es mas bien celebrado como una señal del favor divino hacia la humanidad: “Obtenéis bebidas

fermentadas y un buen alimento de los frutos de la palmera y de las viñas “.

Pero las consecuencias de la borrachera se manifiestan cada vez más y van en aumento en los lugares sagrados, provocando un cambio de postura. La Sura II recoge este sentir, y particularmente, los versículos 216-219, anuncian:” Te pregunté sobre el vino y el juego de *maysir* (2). Responde: “En ambas cosas hay gran pecado y utilidad para los hombres, pero su pecado es mayor que su utilidad”.

En una tercera revelación, Alá interpela a los creyentes (Sura IV, 43): “ ¡ Oh, los que creéis! No os acerquéis a la oración ebrios, hasta que sepáis lo que decís, ni en estado de impureza...”.

Pero esta recomendación coránica no ha sido siempre observada como una prohibición del vino hasta la revelación de los versículos 90-91 de la Sura V que considera el alcohol como una abominación y conmina a abstenerse de él, sin prohibirlo explícitamente: “¡Oh los que creéis! En verdad, el vino, el juego de *maysir*, los ídolos y las flechas son abominación de los hechos de Satán. ¡Evitadlos! Pues acaso seréis felices. Satanás querría suscitar entre vosotros la enemistad y el odio mediante el vino y el juego de *maysir*, y apartaros del recuerdo de Alá y de la plegaria; pero vosotros absteneos y obedeced a Alá y al Profeta, y estad sobre aviso..”.

Este versículo es el último de una serie que pasa de la franca aprobación de las bebidas embriagantes a una restricción severa impuesta por la fuerza de las circunstancias. Aunque muchas de las sectas del islamismo prohíben totalmente a sus adeptos la ingestión de cualquier bebida alcohólica, Mahoma murió sin fijar penas para los transgresores, y fue Abu Bakr quien estableció en ochenta azotes para el borracho.

Estas son las cuatro únicas revelaciones relativas alusivas al vino y sobre las cuales se apoyan en parte los comentaristas del Corán, los diferentes legisladores de la normativa religiosa y las gentes comunes cuando no confunden la revelación divina con la sentencia profética.

En la literatura clásica, el vino es criticado en principio porque hace perder al hombre su cordura y su condición de hombre. Sin embargo, ese estado de embriaguez es la mejor medicina para aliviar las penas producidas por el amor.

Homero advierte de su abuso en boca de Ulises: “... pues el vino es una cosa loca. Provoca que el más sabio entre los hombres cante y sonría como una niña; lo atrae engañado a la danza y lo empuja a decir bruscamente aquello que debería permanecer silenciado”(Odisea, Canto XIV, 464).

También los troyanos pagaron en demasía su excesivo amor al vino: "... durante la noche, cuando dormían derrotados por el deporte y por el vino, los aqueos franquearon la puerta del caballo que había sido abierta por Sinón, mataron a los guardias de los portones y a la señal convenida dejaron entrar a sus amigos. Así fue como tomaron posesión de Troya" (Higinio, Fábulas, 108).

El peligro que supone para el hombre beber vino, sobre todo en cantidad excesiva, es destacado en la elegía griega por Teognis, quien, en el libro I, señala:

"Quien la medida del beber traspasa, ése no domina su lengua ni su mente, pronuncia incongruencias vergonzosas a oídos del sereno, él por nada se avergüenza en tal estado convertido en imbécil de sensato que era"

Otro poeta elegíaco latino, Propertio, en una de sus elegías (II,33b, 33-4), se suma a estas críticas hacia el vino, destacando el carácter negativo del mismo y de la bebida excesiva, debido a los estragos que produce en el cuerpo humano.

Ese estado de embriaguez y de exaltación provocado por el vino en el hombre es propicio también para contar los secretos, por lo cual, en varias ocasiones, los autores clásicos advierten sobre el peligro de las indiscreciones que pueden cometerse debido al exceso de bebida. Es el caso del parásito Enólalo que aparece en la carta de Alcifrón III, 21, al cual le suceden numerosas desgracias debido a que no puede guardar ningún secreto por no tener control sobre su lengua.

El descubrimiento de los secretos más íntimos aparecen unidos al vino en numerosas composiciones literarias y en gran número de refranes y expresiones populares encabezadas por el conocido *in vino veritas*.

El vino tiene una potencia y un ardor que cuando se consume en exceso o cuando se ha bebido sin estar mezclado con agua puede entrañar desordenes fisiológicos. El primero de estos desordenes, según Hipócrates, es la embriaguez; sin embargo es llamativo resaltar que en los escritos médicos de la *Colección Hipocrática* no se hace ninguna mención para condenar la embriaguez. Es necesario esperar al Banquete de Platón para encontrar la desaprobación en boca del médico Eriximaco: "*Para mí, cuando se trata de determinar la cantidad de copas que deberán beber los convidados, la medicina me ha permitido ver que la embriaguez es mala para el hombre*"

Durante la etapa imperial, la embriaguez fue algo relativamente común entre los grupos diri-

gentes de la sociedad romana. Incluso se llegó a ser considerada un mérito y algunos personajes públicos debían su ascendencia social a sus cualidades como bebedores. Escribe Plinio que se bebía muchas veces hasta la extenuación, provocando el vómito cuando interesaba para poder continuar, inventando posturas en el *triclinium* para provocar la sed o buscando recetas para no emborrarse que pasaban desde la ingestión de col hasta la de oleomiél. Los mismos emperadores, empezando por Tiberio son criticados por su excesiva afición al vino, resaltando las virtudes de los no bebedores como al parecer fueron los casos de César o de Augusto.

El momento de la historia en que el hombre llegó a conocer el fruto de la vid pertenece al mundo de la especulación. Pero de alguna forma, hemos tratado de penetrar en la realidad oculta que evocan los mitos descubriendo en las narraciones las vivencias y creencias que han sentido los hombres y las mujeres de todos los tiempos.

Los libros sagrados están plagados de referencias, simbologías y hermosas metáforas al vino. La Biblia nos presenta hermosas descripciones del vino, la vid y los viñedos, su misterio y sortilegio. Rigurosas leyes regulaban su cultivo y ordenación. Las clases dirigentes de las tres grandes religiones se muestran tolerantes con el vino y alaban sus virtudes frente a los moralistas para los cuales el vino es fuente de pecado.

Tanto en los textos religiosos como en la literatura clásica, aunque se advierte sobre los peligros que acarrea beber en exceso, el vino es considerado como un elemento que ayuda al enamorado en sus pretensiones no satisfechas, forma parte de la fiesta y de la alegría que precede al goce amoroso. Se le atribuye el poder de alejar o aliviar los sufrimientos y sinsabores de la vida cotidiana, sirviendo a la vez como alimento y medicina, en la que con frecuencia se utilizaba mezclado con diversos ingredientes. Para conocer las características más destacadas y los principales efectos que produce el vino debemos recurrir a las obras más divulgadas de carácter médico en la Antigüedad que nos legaron Dioscórides y Galeno.

Las sociedades antiguas ya eran conscientes de los potenciales efectos perniciosos que sobre el comportamiento tenía el vino. Las culturas hebrea, griega y romana apelaban a la templanza, llamamiento reiterado a lo largo de la historia. El Antiguo Testamento desapruueba la embriaguez. El profeta Esdras y sus sucesores integraron el vino en el ritual hebreo cotidiano con la presumible intención de moderar la costumbre de beber sin límite, creando así un tipo de prohibición inspirada y controlada por la religión.

Con planteamientos aparentemente contradictorios el vino se ha constituido en promotor de la sociabilidad, acompañante en la mesa, beneficioso para la salud cardiovascular o factor de destrucción del individuo. Sin embargo, a lo largo de la historia de nuestra civilización ha habido hombres de diversa condición que supieron reconocer, respetar y celebrar el vino como uno de los más preciados dones de la naturaleza y de los dioses.

NOTAS

(1). Básicamente consistía en alcanzar un blanco (era un platillo de bronce denominado Kottabeion) con unas cuantas gotas de vino que se lanzaban desde una cratera llena, sin derramar el resto del vino. Por encima del platillo había un pequeño busto de Hermes, que el jugador debía tocar con las gotitas para que rebotaran en el platillo haciéndole sonar.

(2). Era un juego preislámico que consistía en sacar flechas de un saco. La apuesta era un camello joven, al que el ganador sacrificaba, repartiendo su carne entre los pobres. Por extensión, se han prohibido los juegos de azar.

BIBLIOGRAFÍA

ALBERT, J.-P. (1988).- Le symbolisme du vin dans la liturgie catholique. In *La vigne et le vin*, 339-42. Cité des sciences et de l'industrie. Paris.

ARNAIZ, S. (1975).- El vino en Grecia y Roma: Homero y Horacio poetas vinosos. Sindicato Nacional de Hostelería y Turismo. Madrid.

DELGADO, C. (1988).- El hombre y el vino en Enciclopedia del vino Vol. III. Ediciones Orbis. Barcelona.

EGO DUCROT, V. (2000).- Algunas notas sobre el vino en el Corán, el Talmud y la Biblia. *El Corresponsal de Medio Oriente y África*.

GARCÍA PRADO, J. (1990).- Mitología y refranero del vino. Ed. Singularis. Barcelona.

GARCÍA SOLER, M^a J. (1998).- El vino como elemento de civi-

lización en la antigua Grecia. *Simposio Internazionale "L'avventura del vino nel bacino del Mediterraneo (itinerari storici ed archeologici prima e dopo Roma)"*, 1-10.

GARZÓN DÍAZ, J. (1979).- Vino y banquete desde Homero a Anacreonte. *Helmantica* 91: 63-68.

GARZYA, A. (2000).- El vino en la literatura médica de la antigüedad tardía y bizantina. *CFC* 10:173-187.

HARTO TRUJILLO, M^a. I (1996).- Vino y amor en la literatura latina. *Anuario de Estudios Filológicos*, XIX:277-287.

IZQUIERDO SORDI, M. (1993).- El vino y la bodega. En Teresa de Jesús, una aventura interior. Institución Gran Duque de Alba. Diputación provincial de Avila.

JOUANNA, J. (1996).- Le vin et la médecine dans la Grèce ancienne. *REG*, t. 109:410-434.

LÓPEZ ALEJANDRE, M.M^a. (1992).- Viticultura, enología y cata para aficionados. Córdoba.

LORCIN, M.-TH. (1989).- Les usages du vin a la fin du Moyen Age (XIII^e – XV^e siècles). In *Le vin des historiens. Actes du 1^{er} symposium Vin et Histoire*, 99- 107.

MARTÍN, J.L. (1994).- El vino: alimento, medicina, alegría. *Historia* 16 XIX 233: 102-112.

PÉREZ ESCOHOTADO, J. (1995).- Disputa y Eucumene: Contexto y discurso sobre el vino entre judíos, moros y cristianos en la España Medieval. *Berceo* 129:139-155. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño.

RABANAL ALONSO, M. A. (1999).- El vino en el mundo antiguo. *Hant*. XXIII:285-319.

RICHTER, A. (1970).- La vertu du vin dans les Odes d'Horace. *Bulletin de la Faculté des lettres de Mulhouse* III:3-10.

RODRÍGUEZ JORDÁ, C. (1993).- El vino en la poesía elegíaca de Ovidio. En *Vino y Banquete en la Antigüedad. Actas del 5^o Coloquio de estudiantes de Filología Clásica*, 109-122.

SÁEZ FERNÁNDEZ, P. (1996).- El vino en las fuentes históricas romanas. En *El vino en la Antigüedad Romana. II Simposio Arqueología del Vino*, 35-50

SIMÓ, V. (1988).- Historia del vino en Enciclopedia del Vino Vol I. Ediciones Orbis. Barcelona

VALLEE, B.L. (1998).- El alcohol en el mundo occidental. *Investigación y Ciencia*, Agosto:56-61.

MÁS REFERENCIAS ETNOGRÁFICAS EN TEXTOS MEDIEVALES: EL CAPÍTULO 43 DE LOS *CASUS SANCTI GALLI*

Lorenzo Martínez Ángel

"...la ley de Cristo ha barrido la ley de los Dioses falsos y mentirosos"

Umberto Eco, *Baudolino*(1).

En el estudio de la ethnohistoria tiene un lugar destacado el análisis de los orígenes y desarrollo de las creencias populares, para cuyo conocimiento, como es obvio, son de interés las noticias escritas de diversas épocas. Habiendo publicado anteriormente en esta misma revista un artículo titulado *Sobre referencias etnográficas en textos medievales*(2), en el que recogemos y comentamos noticias de interés sobre costumbres y creencias que se mantienen en la cultura popular, seguimos trabajando en este campo, fijándonos ahora en un pasaje de los *Casus Sancti Galli*, concretamente el capítulo 43.

La parte que nos ocupa de esta crónica, dentro de la cual se encuentra el paraje en cuestión, del monasterio suizo de San Galo, una de las más interesantes de la Edad Media, fue escrita por Ekkardo IV a mediados del siglo XI(3), es una de las más interesantes de la Edad Media, y muestra la vida, especialmente desde el punto de vista cultural, de una de las abadías más importantes de Europa (4).

El episodio que nos interesa, recogido en el capítulo 43, se fija en un monje rebelde e inquieto, de origen aristocrático, llamado Wolo. Un día, al amanecer, se apareció un diablo a otro monje, Notker, apodado "Balbulus" (tartamudo), maestro del monasterio y famoso en la Historia de la Música, y le dijo:

"Mala noche voy a hacer para ti y tus compañeros. Mala ave suele mostrar mala noticia." Al oír esto, Wolo se mostró incrédulo, respondiendo:

"Los ancianos siempre sueñan cosas vanas."

Pero el caso es que ese día murió por un accidente que, según creían los monjes fue promovido por Satanás. Esto sucedió en el año 876.

El texto es interesante porque, además de hacer mención de un augurio, lo hace asociándolo al diablo. Esto es normal teniendo en cuenta que el cristianismo identificó toda práctica de otras religio-

nes (lo que se suele denominar de modo general como paganismo) al culto del diablo.

¿Por qué en este pasaje se hace referencia a los augurios? En el marco del pensamiento cristiano de los monjes, la culpa del luctuoso suceso relatado se atribuye a Satanás, y en el discurso del diablo aparecido a Notker éste hace referencia a lo que el cristianismo de la época asocia con él, como los augurios paganos, lo cual es lógico en la mentalidad de ese momento.

Hay que tener en cuenta que el paganismo debería seguir presente en el siglo IX al que hace referencia el texto, e incluso en el siglo XI en el que se escribe, bien en sentido estricto, bien habiéndose convertido las creencias religiosas precristianas en prácticas populares. Recordemos al respecto que los comienzos del monasterio, a comienzos del siglo VII, se deben a monjes que estaban predicando el Evangelio entre poblaciones paganas(5), y que la cristianización de pueblos germánicos, como los sajones, se había realizado *por la fuerza* a finales del siglo VIII por iniciativa de Carlomagno(6). Es decir, que en el siglo IX los monjes, únicos lectores de los *Casus Sancti Galli*, conocerían la práctica del paganismo, al menos en los años de su infancia anteriores a su entrada en la escuela monacal. Incluso, entre los servidores laicos del monasterio, ¿se mantendrían algunas prácticas precristianas?

Es más, el texto dice que Wolo no tenía vocación por la estabilidad en la abadía propia de la vida monacal, y de hecho una de las causas de que subiese a la altura de la que cayó (y que, como veremos, fue causa de su muerte) fue ver los montes y los espacios libres más allá de los límites del cenobio; además de ser muestra de su espíritu inquieto: ¿no será esto indicio no ya sólo de una permanencia forzada en San Galo, sino de una religiosidad precristiana, tan impregnada de naturalismo?

Otra cuestión que hemos de considerar es la razón por la cual se da por acertado el augurio. En nuestro artículo citado anteriormente ya analizamos cómo aparecen referencias a augurios en el *Cantar de mio Cid* y en la *Historia Compostelana*(7). Y también vimos cómo el culto Diego Gelmírez los despreciaba como algo vano, lo cual enlaza plenamente con el pensamiento cristiano oficial, y también, por cierto, con el del monje Wolo. ¿Acaso sostiene Notker una opinión contraria a la Iglesia?

No. Lo que sucede es que el luctuoso final de los acontecimientos constituye la prueba de que la visión fue verdadera.

Además, esto hay que enmarcado en el contexto de la personalidad de Notker, ya que la crónica recoge noticias de varias visiones demoníacas que tuvo. Y al comentar su personalidad en la crónica que nos ocupa, se dice que “se solía oponer audazmente a los demonios”(8) y que era “espiritualmente fuerte”(9) contra ellos.

Para nuestra mentalidad actual esto es difícil de comprender y aceptar, y buscaríamos una explicación. Quizá para algunos la falta de sueño o la debilidad en la alimentación pudiesen ser la causa de estas visiones, pues de igual manera que se indican las características anteriores de Notker, también se añade que era “tierno y delicado” en cuestiones relativas al cuerpo como los ayunos y las vigiliass(10).

Sean debidas estas apariciones a su sensible espiritualidad, o a un debilitamiento provocado por sus ejercicios ascéticos, lo cierto es que el pasaje que analizamos es muestra de la mentalidad de la época y su mensaje está inserto en el código lingüístico y referencial de una época y unas circunstancias concretas, lo que provocaría que cualquiera que leyese el texto lo entendería de un modo determinado.

Y tras estos comentarios adjuntamos, como apéndice, nuestra traducción(11) del capítulo 43 de los *Casus Sancti Galli*.

CASUS SANCTI GALLI: CAPÍTULO 43.

Había, en ese tiempo, en el lugar, cierto joven monje, perfectamente instruido, hijo de un conde, llamado Wolo, inquieto y errante; puesto que ni el mismo decano ni don Notker u otros le hubiesen podido dominar llamándole la atención y frecuentemente hubiese sido corregido con palabras y golpes y nada mejorase, todos se dolían por un hombre de tal naturaleza. Pues, como nunca hubiese tenido San Galo un monje sino por vocación(12), incluso los más nobles se distraían con más frecuencia. Habían llegado al monasterio sus padres angustiados por él; haciendo progresos momentáneamente por sus amonestaciones, de nuevo era el mismo después de su marcha. Pero un día un diablo(13) se apareció al amanecer a Notker: “Mala noche, dijo, voy a hacer para ti y tus hermanos. Mala ave, dijo, mala noticia suele mostrar”(14). Él, por su parte, anticipó las cosas que oyó a sus hermanos, para que aquel día se pusiesen en guardia.

Verdaderamente oyendo también esto el mismo Wolo de los que lo comentaban, dijo: “los ancianos siempre sueñan cosas vanas”. Era ese mismo día en el que todos sabían que le había sido ordenado por el decano que no saliese, como solía, del claustro a alguna parte. Sentándose a escribir, era su última escritura: “Comenzaba a morir”. Y saliendo afuera precipitadamente, gritándole los otros:

“¿ a dónde ahora, Wolo, a dónde ahora?” comenzó a ascender hacia el campanario por los escalones preparados para nosotros con este fin, para satisfacer o a sus ojos, recorriendo con la vista los montes y los campos, pues tenía el paso prohibido, o a su espíritu errante.

Ascendiendo, en verdad, al llegar sobre el altar de las vírgenes, por impulso de Satanás, como se cree, cayó por la techumbre y se rompió el cuello. Corriendo muchos, que lo habían visto y oído, llevándole apresuradamente el viático, comulgó, tras decir su confesión. Pero queriendo aquellos llevarle y trasladarle a la enfermería, dijo: “dejadme invocar primero a las santas vírgenes. Ellas saben que fui muy pecador de otra manera, pero no conocí mujer”. Mientras, gritando en alto, tras llegando corriendo Notker, le tendió la mano: “a ti, mi señor, dijo, y a las santas vírgenes a las que siempre amabas, encomiendo mi alma pecadora”. Aquél, echándose junto a él, dijo: “santas vírgenes, confiado en vosotras tomo sobre mí los pecados de este hermano y os encomiendo a nosotros dos”. Diciendo esto lloraba y se lamentaba. Y dejándose llevar, delante de las puertas de la iglesia, apaciblemente reclamada, apretando muy estrechamente en la mano a Notker, Wolo dejó salir su espíritu.

NOTAS

(1). Barcelona 2001, 32-34.

(2). Nº. 241 (2001) 32-34.

(3). Puede verse la nómina completa de autores de los *Casus Sancti Galli* en WALTER BERSCHIN, *Literatura latina en Sankt Gallen: La cultura de la abadía de Sankt Gallen*, Madrid 1992, 145-156, concretamente p.153.

(4). El P. García M. Colombás ha escrito con respecto a ella: “La famosa crónica titulada *Casus Sancti Galli*, pese a todas sus imperfecciones, nos permite formarnos una idea de la vida exuberante y polifacética de un gran monasterio carolingio en la segunda mitad del siglo IX.” (*La tradición benedictina. Ensayo histórico. Tomo tercero: Los siglos VIII-XI, Zamora 1991, 242*).

(5). FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL, *Las grandes abadías benedictinas*, Madrid c.1928, 161-162.

(6). ANDRÉ MAUROIS, *Historia de Alemania*, Barcelona 1966,29-30.

(7). Queremos hacer un breve análisis sobre el comentario

que hace el franco Giraldo en la *Historia Compostelana* sobre los augurios.; escribe Emma Falque (*Historia Compostelana*, Madrid 1994, 158-159):

"Es interesante esa observación sobre la consulta de los augurios ("según costumbres de la tierra"), escrita por Giraldo, un francés al que le son ajenas muchas costumbres gallegas. La zona de Galia conoció una cristianización mucho más temprana y profunda que Germania, aunque como en general, la cristianización fue un proceso, y prueba de ello es la obra, por ejemplo, de Cesáreo de Arlés.

Cuando se lee que en el siglo XII un franco hace referencia a los augurios como "costumbres de la tierra" podemos interpretar, como la Prof^a. Falque, que en el lugar de origen de éste (Giraldo) ya no había este tipo de costumbres, lo cual supondría que el proceso cristianizador habría sido total, acabando con cualquier reminiscencia pagana, lo cual es improbable. O, quizá, más exactamente, que eran más abundantes o se hacían de modo más público estas prácticas en Galicia que en la antigua Galia.

(8). "...demones...quibus quidem se audenter opponere solebat" (*Casus Sancti Galli*; 33).

(9). "Notkerus autem spiritualiter, ut diximus, fortis quantum

Tuotilo in homines, tantum ipse valuit in demones..." (*Casus Sancti Galli*, 41).

(10). "... alias autem corpore, ut ieiunans et vigilans, tener, ut diximus, et macer." (*l. c.*)

(11). No existe traducción castellana de esta crónica. El texto latino ha sido editado varias veces en Alemania:

-*Monumenta Germaniae histórica*, SS 2.

-HANS F. HAEFELE (ed.), *Casus Sancti Galli* Darmstadt 1991.

(12). Literalmente "de libertad".

(13). Como en latín no hay artículos, también podría entenderse "el Demonio". Tenga el lector en cuenta esto también para los comentarios.

(14). Las aves estaban tan relacionadas con los augurios que incluso la palabra latina "avis" significa tanto ave como presagio o augurio, con lo cual la frase también podría traducirse así: "Mal augurio suele mostrar mala noticia".



SEPANCUANTOS (Por la Sierra de Aracena y Picos de Aroche)

Manuel Garrido Palacios

*Esta tal cosa, deviemos escrivilla,
Los que son por venir, plazrális de oilla.*

Gonzalo de Berceo
Milagros de Nuestra Señora (215cd)

Febrero de 2002. Aldea de Castañuelo. Aracena. Segundo Canterla tiene ochenta años. Alguien que pasa deja caer

“...ochenta y cinco». El salta como un rayo:

-Ochenta todavía.

Le pregunto, por romper, si con una edad o con otra conoció la presencia del lobo en la Sierra.

-Antiguamente había muchos. Yo he rodado lo mío en el campo y me han comido algún que otro burro.

-He dicho lobo porque me contó Francisco, de Valdelarco(1) lo del muchacho que fue a ver a la novia...

-Era de Cortelazor y fue a Corterrangel. Aquello es un barranco muy hondo. La madre o el padre, ahora no tengo yo seguridad de quién fue, estaba soñando con el hijo en peligro, como un presentimiento. Hasta que el uno movió al otro y salieron al camino a ver. Sintieron a lo lejos una pelea de lobos y voces, pero claro, mientras bajaron por una parte del barranco y subieron por la otra, cuando llegaron, el hijo estaba hecho polvo. Me lo contaron mis padres. Ya ve si hace años. Lo he tenido en el pensamiento siempre que he pasado por allí, que han sido bastantes veces.

-Los lobos...

-Estando un día de lluvia en un cortijo atravesaron el camino tres lobos. Le hablo del año 1948. Y poco más abajo de donde yo estaba se comieron una burra. En el castañar de Pardo mataron un burro. El dueño era arriero. Se llamaba el muchacho Manuel Villa. Fue en 1950. El castañar de Pardo era famoso:

*Hablamos un poquito
de lo que son las castañas,*

*a ver si los tiempos malos
desaparecen de España.*

*Las castañas en su tiempo
nos daban mucha ilusión
porque se hacían los tostones
en familia y reunión.*

-Digo que los lobos han sido los fantasmas de la Sierra.

-En la finca las Tapias, de Manuel Ortiz, mataron los lobos en 1958 unos pocos de cochinos. Se metieron en la majá(2) y allí lo hicieron. A la finca de Antonio González, junto a la ribera, vinieron dos arrieros, Angelillo y Antonio Realista, a por el rancho de carbón. Dormíamos todos en la puerta del cortijo, a dos pasos de los burros. Los lobos mataron al de Antonio. Fíjese lo que era perder un animal por aquella época:

*En el camino Hinojales
en la Sierra Valle Cano,
allí salían los lobos
por la mañana temprano.*

-A usted le gusta escribir versos.

-Los hago a mi forma sobre lo que he visto.

*Segundo Canterla,
amigo de Villa Aldea,
va a escribir unas coplillas,
el que quiera que las lea.*

-¿Lo inició alguien en estas cosas?.

-Yo, mire usted, lo poquito que sé es porque me gusta escuchar a todo el mundo, pero lo que escribo viene de iniciativa mía.

*Cuando leo mis memorias
y pienso que todo es verdad,
en algunas ocasiones
me dan ganas de llorar.*



Retrato de Segundo Canterla por José María Franco

-Cuando tenía que trabajar no me podía parar a escribir, y siempre pensé si no me daría a mí lugar para hacer una poesía con las historias que sé. Lo he ido dejando en la memoria y...

*Segundo es ya muy viejo
y tiene ya muchos años,
y por razón natural
tiene muchos desengaños.*

*Le han pasado muchas cosas,
muchas más malas que buenas,
como tiene buena memoria,
casi todas las conserva.*

*Con lo que no está de acuerdo
es con los lobos en el campo,
porque en tiempos antiguos
ha tenido desengaños.*

-Sierra de Aracena. Sierra lobera, jamonera, gurumelera...

-Por 1927 y 28, tendría yo 8 ó 9 años, ya iba con mis hermanos mayores a buscar gurumelos.

-Estarían ustedes solos en el monte.

-No venía gente porque por aquellos tiempos no había carretera. Si nos alejábamos para los campos de las Huelvas siempre encontrábamos. Traíamos los canastos llenos.

*En los campos de las Huelvas
de chiquillo me crié,
los patrones eran buenos,
algunos malos también.*

-Mucho andar.

-Llegábamos con los pies de pena...

*...por los tiempos antiguos
había muchos gurumelos
pero veníamos cansados
al llegar a Castañuelo.*

*Cuando yo salía al campo
temprano por las mañanas
casi siempre me traía
una cesta llena de tanas(3).*

-Ya en casa...

-Mi madre los limpiaba quitándole la cáscara; los ponía en una angarilla y cada pocos días los llevaba mi padre a vender a Aracena o a Alájar.

-A vender.

-A peseta el kilo. Por entonces era un buen trabajo; estábamos deseando que llegara la cosecha para ver si venía buena.

*Cuando íbamos al campo
en busca de gurumelos,
tropezábamos con las liebres
que están aplastadas en el suelo.*

-Ya dice el refrán que la vejez es un mal que no tiene cura. Hoy no iría tan lejos, que quien mucha tierra cava poco ahonda, o lo que es lo mismo, el que mucho abarca poco aprieta.

*Eran los años de hambre y
no los puedo olvidar,
comíamos nada más que tentullos(4),
solos, solitos, sin pan.*

-También se comían palomas.

-Muchas. Allá por 1930 había bandos de hasta 12 kilómetros de largo por 4 ancho; de un tiro caían 15 ó 20.

-Ya no hay.

-Han desaparecido; no sé los motivos; puede que por la degradación del aire, los Insecticidas... la cosa es que la afluencia de palomas no se ha visto más por aquí.

*En los tiempos antiguos
había muchas palomas,
traían los cazadores
todas las mochilas llenas.*

*Las palomas entre los pinos,
allí buscan las quedás(5),
estando tan ignorantes
que allí las van a matar.*

-Todo lo que le pasó a uno de niño sale un día.

-Mire, cuando yo era pequeño había muchos perros rabiosos. Los chavales andábamos atemorizados, lo mismo que los pueblos, las aldeas o los campos. En los Blanqueares uno mordió a dos vacas y rabiaron las dos; tuvieron que matarlas. Me tocó darles tierra. Al vaquero, Fernando, de Castañuelo, casi lo matan también. En la finca la Coronada, un cabrero que se llamaba Juanillo tuvo que estar todo un día subido en una encina y el perro esperando abajo. Por el cortijo de Rafael Brenes pasaban muchos, era un sitio propio para ellos. En Aracena mataron uno a puñaladas; atacó a un hombre y no teniendo otra defensa lo mató con la navaja. La gente estaba aterrorizada porque murieron personas de rabia; entonces no había vacunas.

-La vida de los cabreros ha sido dura.

-Todas las piaras tenían dos o tres mastines con un collar de pinchos en el gañote para las peleas con los lobos. En los Blanqueares había un cabrero que se llamaba David que tenía dos perros famosos; no dejaban que se arrimaran a las cabras ni las moscas. Antes las fincas grandes no tenían paredes ni alambradas; el guarda de las piaras era el ganadero, el de las cabras, el cabrero, el de las vacas, el vaquero, el de las ovejas, el pastor, el de los guarros, el porquero. Todos llevaban un palo con una porra y una honda...

*Segundo Canterla es
un viejo aldeano*

*y tiene por costumbre
levantarse bien temprano.*

-Era el tiempo de los arrieros.

-Todo se transportaba en carros. Conozco un sitio que se llama Puerto de los Ladrones, que está en el límite de las provincias de Sevilla con Huelva; siempre que se hablaba con la gente más mayor sonaba este sitio al que ellos le habían puesto nombre.

-¿Qué ladrones eran?

-Los que se enfrentaban a los carros y a los hombres que llevaban las mercancías. Como trabajé en una finca por debajo del Puerto le tengo hechos unos romancillos que dicen...

*Un poquito más arriba
está el Puerto de los Ladrones,
donde robaban los carros
que transportaban jamones.*

-El paso de la arriería sería un reguero.

-He conocido desde 1929 hasta 1960 una jarría(6) de mulos y burros arrimando carbón y madera al puente de Castañuelo por el camino antiguo, que era malísimo; daba pena ver a los animales con cargas tan brutas. Hablo de miles de arrobas.

-Usted hacía carbón.

-Aún puedo hacerlo. Es fácil. Se junta una buena cantidad de leña gorda, mejor si es de encina; se amontona y se le da hechura de gurumelo joven, dejándole huecos para matarle el fuego. Estos huecos sirven para la ventilación del horno y evitar que se apague. Se encienden por el coronó(7). Luego vino la costumbre de los hornos alargados que se encendían por el pico. Todo vale si vale. Y los llamados de gavia, que nunca utilicé.

-Y una vez hecho, lo llevaba de un sitio a otro.

-Y tanto. Pero en la arriería se procuraba llevar una carga de algo y se traía otra distinta para aprovechar el porte. En octubre de 1940 fuimos cuatro arrieros a dar un porte con bestias a Extremadura. Éramos Agapito, Gabino, Rafael y yo, Segundo el del Cortijo. Salimos de Castañuelo al alba, atravesamos la Sierra Valle Cano, pasamos por Hinojales y llegamos a dormir a la estación de Cumbres Mayores. A la otra mañana cruzamos el pueblo, cogimos un camino que iba a Higuera la Real, cargamos las bestias de altramuzo.

ces dulces y volvimos por nuestros pasos a descargar a la finca de Cotino, de Fidel Rubio, antes de regresar a Castañuelo.

-Se ganaba...

-La fanega a seis pesetas. Como yo sólo tenía un mulo, transporté tres fanegas y gané dieciocho pesetas; así todos. Da pena pensar esto, pero fue cierto; recorrer cien kilómetros por ese dinero, teniendo en cuenta que el mulo se comió cuatro kilos de cebada... Al final me quedaron diez pesetas de ganancia por dos días de trabajo y un trayecto tan largo.

*Porque en los otros trabajos
no quiero ni recordar
las penitas que pasamos
para poderlos cobrar.*

-¿El trato con los dueños?

-No eran agradecidos. Bien se dice que quién no agradece, al diablo se parece, y que para darse importancia, dice que viene de Francia. Un buen muchacho de Castañuelo, Vicente, trabajaba en los Villares y por aquel tiempo había que estar en los tajos bien temprano. Este amigo llegó tarde un día. A Daniel, el dueño de la finca, le sentó tan malamente, que le dijo: «Ahora mismo te echas las mantas al hombro, encaras el caminito y te vas para tu casa». Y mi buen Vicente le contestó: «Ahora me llevo las mantas arrastrando, me salgo fuera del camino y me voy al sitio que me de la gana». Le demostró que con lo que tenía le bastaba y disponía de ello. Como dice el refrán: rico es quien no debe y pasa como puede.

*En las Sierras las Llanas,
terreno de Valle Cano,
allí hicimos sementera
unos pocos de aldeanos.*

*Para ir a la sementera
había que cruzar riberas,
de mucha casualidad
no nos ahogamos en ellas.*

-Levantarse temprano, apurar el día...

-Antes cuando se sembraba había que madrugar mucho. A las cinco de la mañana salía un lucero muy reluciente y esa era la señal que teníamos los gañanes sin reloj para poner a pajear(8) las bestias o las yuntas; era lo suyo alimentarlas pronto para que la salida del sol nos pillara a todos en la besana. Los gañanes más viejos hacían

migas para el desayuno. Conocí en el Esparragal hasta veinte cargas de mulos en la misma besana. Parece mentira, pero ha sido verdad.

*En el campo de Camacho,
de la finca de la Puente,
cuesta trabajo creerse
que allí sembraba la gente.*

-Todo no sería faena.

-No, claro. Había alguna fiesta. La primera vez en la historia que hubo Semana Santa en Castañuelo fue en 1961. La trajo el cura don José María Camacho, que trabajó el hombre en el carreterín que se estaba abriendo para llegar mejor a la aldea.

-Parece que en aquel tiempo todo era hambre, miseria; le pillaría la guerra...

-¿Hambre?. Una vez fue a dar misa a Castañuelo un cura y al final le dio una broma a un niño de cinco años, Paco se llamaba. Le dijo el niño: «Ahora me das bromas, pero antes te has comido las galletas tú solo a cara perro».

-Los niños aprendían la vida directamente.

-Ya ve; en el Barranco de Castañuelo había muchos sapos, y cuando estaban en celo se formaban piñas de unos pocos juntos. Un niño llamado Benjamín, de unos cuatro años, estaba en la orilla muy atento mirándolos. En esto pasó un hombre y le soltó el niño: «¿A que no sabe lo que están haciendo los sapos?». El hombre dijo: «¿Qué hacen?». Y el niño contestó: «Están follando».

*En los tiempos bien antiguos,
tiempos de la sementera,
cuando más a gusto estamos
era en tiempo de las eras.*

-La aldea de Castañuelo en aquel tiempo...

-Eran tres casas medio zahurdas, casuquinas de nada. Vivíamos mal de la agricultura, cuatro huertos de muy poca cosa...

*Qué bonitos están los campos,
todos envueltos de hierba,
pero mientras haya monte
todo será una mierda.*

-La gente iba y venía.

-La gente trabajaba en la ribera con los señoritos antiguos, en fin, el que tenía una finquita... pero ganando poco menos que nada. Casi por la comida. Era una miseria.

*Y lo más bonito era
que te cobraban por algo
en un terreno tan malo
que no entraban ni los galgos.*

-Dice que casi por la comida...

-Eso, cuando se ganaba, porque el paro y el hambre estaban amontonados. Hasta que vino el jaleo de la República, que se pensaba que iba a mejorar todo, pero fue más pataleo, porque no se dejaban gobernar, hasta que reventó la cosa con el dictador y nos aplastó unos pocos de años.

*Unos zagales que fueron
Los que cogieron los higos
y rompieron las ramillas
les costó cinco pesetas,
sería pa comprar morcillas.*

-¿Tiene hijos?.

-Cinco. De media vida en adelante se normalizó todo un poco más. Pero entonces o ahora, el egoísta no conoce límites, no se harta con nada, no está conforme nunca.

*Qué bonitos están los campos
florecidos en primavera
no tienen comparación
con otra fecha cualquiera.*

-Dice el refrán que...

... la seca de enero hace al labrador caballero; en febrero busca la sombra el perro; en marzo el perro y el amo, que sabe que en junio la hoz en el puño y en agosto resfría el rostro. Refranes hay para dar y tomar... quien da consejos no pedidos pierde consejo y amigo, quien da primero da dos veces, el que se alegra del mal del vecino, el suyo viene de camino, y así hasta no acabar.

-Los pájaros también dan norte de cómo viene el tiempo.

-Los pájaros y los vientos. Está el viento de la mar, agua segura. Si está un poquito alto, que es de Portugal arriba, ya hay frío y va a llover; si está del norte, mucho frío.

*Por los campos de la Sierra
corren barrancos y riberas,
todos van a los pantanos
para aumentar su reserva.*

-Tiempos...

-Ni teníamos carretera, ni electricidad, ni teléfono...

-¿Médico, maestro...?

-El médico venía una vez a la semana y el maestro daba clases de vez en cuando y de mala gana; yo fui a la escuela tres días, porque con diez años estaba guardando chivos en la ribera.

-Alguien le diría las letras...

-Un maestro muy mayor nos enseñaba a los niños. Se llamaba Joaquín Tomillo. Era duro aprender así; hasta andar por la calle, del fango que había; los retretes eran las callejas próximas a las aldeas; daba pena arrimarse a ellas...

-¿El agua...?.

-Agua había para el consumo gracias a los manantiales; algunos se encontraban lejos. Un ejemplo era el de los vecinos de Corterrangel, que tenían que coger el agua del barranco que venía de la sierra de las Baqueras.

*Tres Marías van por agua
y ninguna lleva sogas,
con las trenzas de su pelo,
sacan agua de la noria.*

-A la aldea se llegaba...

-Hasta los primeros años del siglo veinte no había coches y las carreteras eran caminos para los carros. Se llegaba en el coche de San Fernando, un rato a pie y otro andando. Por eso había muchas ventas para descansar los carreros y las bestias. Hacia Extremadura teníamos el Alto del Ronquillo, la Fraila, la de la Leche, la Alisa, la Plata, la de San Rafael, Valdeflores, Higuera, Aracena, la Currofala...

-¡ !

...es que el dueño se llamaba Curro Fal. Y la del Ronquillo era por la ronquera del dueño; la venta le dio nombre al pueblo; hoy se llama El Ronquillo.

*En término del Ronquillo
Finca la Currofala*

*está el monte de los Pimientos,
donde Segundo sembraba.*

-Otras aldeas.

-Corterrangel se dice que fue una corte en tiempos de... no me acuerdo, y luego ya pasaron a Cortelazor, que por eso se llamaba así, porque cogía Rangel y la Corte. Parece ser que había allí unas cortes del gobierno, no sé, de esta manera nos ha llegado.

-¿Siempre hubo tan pocos niños en la aldea?

-Hombre, Castañuelo llegó a tener ochocientos habitantes; era un medio pueblo; todos amontonados, porque entonces en cada había siete u ocho niños.

-Se contarían cuentos entre tanta gente menuda.

-Pero no se me quedaron todos; sólo las historias que pasaban, que eran los cuentos de verdad. La realidad era la propia fantasía; yo desde muy chico tuve que ir a guardar ganado y no tenía ese rato necesario en la casa con la abuela para escucharla.

-A qué jugaban los niños?

-Los juguetes eran unos palitos de adelfa; le liaban las madres un trapo en la punta como si fuera la cabecita y era la muñeca para la niña; en los niños un palo con dos ruedas de corcho, era el carro, el trompo, la bola... eso tenía todo su temporada, con la mutra, la maña...

-El butre en Huelva.

-Eso; la mano extendida haciendo una cuarta era la "jaba" y si alguno se adelantaba, era trampa: «Ha hecho jaba».

-Al trompo le dicen en Fuenteheridos champa.

-En Castañuelo pionza.

-Nola en Galaroza.

-Pirusa en Alájar.

-Carioca era un trompo achatado, más pequeño.

-Pero eso era más para Huelva.

-En Fuenteheridos se jugaba al hilo negro.

-En Castañuelo se escondía una prenda y luego se buscaba.

-Ha soltado usted durante la charla un golpe de refranes.

-Algunos he podido comprobar que dicen verdades. Mire, me habían dicho que las zorras

cuando se ven en apuros se hacen las muertas; yo no lo creía, pero estando en la sementera en la finca del Burro puse cepos para conejos y una mañana cayó una zorra. La vi que tiraba con fuerza pero al acercarme se puso panza arriba y se quedó como muerta. Entonces le quité el cepo, la cogí por el rabo y la tiré lejos. Nada más llegar al suelo se levantó ¡y cualquiera la alcanzaba!. Ahí comprobé que era verdad lo que me habían dicho.

-Vino la guerra. Pasó la guerra. Ha podido haber muchas guerras en España, pero la de 1936 fue la guerra.

-Por entonces yo tenía tres hermanos, uno, se fue al bando de la República y dos no. Se cantaban coplas. Precisamente Queipo fue republicano y luego se puso en contra. Natural; le quitaron poderes y él lo que quería era seguir mandando.

-Hablaban de coplas.

-Me acuerdo de las del Carnaval de 1930:

*Viva Alcalá y Zamora,
Roda y Domingo,
que aunque lo afusilen
siempre será el mismo.*

*Por el carnaval todo pasa,
que no os coja de espanto,
y si alguno se agravia,
que baje al agua del barranco.*

*En el año treinta,
mes de diciembre,
a Galán y Hernández
se afusiló.*

*En el castillo Monjuí,
en el último rincón,
tenía que estar metido
el que estas muertes firmó.*

*Por tener ideas republicanas,
que es la más sana de la Nación.*

*Francisco Ferrer fue hombre
de gran talento,
consiguieron darle muerte
por su buen comportamiento.*

*Hombre de buen ideal
nunca lo ha podido haber
porque los malos burgueses
han terminado con él.*

- Carnaval, Navidad...

-Si le digo la verdad, en mis primeros años yo apenas estaba en las fiestas. Por 1930 la feria de

septiembre de Aracena era la mayor que había en la Sierra. Gente de las aldeas y de los campos nos llevábamos todo el año ahorrando para esos días. Los chiquillos buscaban cagajones; valía un cesto una perra gorda; los mayores hacían un boliche de carbón, a peseta la arroba, todos con la ilusión de juntar algún dinerillo para la feria; a pesar de la pobreza que había, se vivía aquello con entusiasmo. En el mercado de ganado lo más importante eran los cochinos, que los traían por malos caminos desde pueblos extremeños... Barcarrota, Jerez de los Caballeros, Oliva, Fregenal... había corridas de toros, ruletas, cunitas, teatro, circo, fuegos artificiales...

*Madre los quintos se van
y yo no me quiero ir;
porque tengo en esta calle
un capullo por abrir.*

-Lo de buscar novia.

-Las parejas se conocían yendo los muchachos donde estaban ellas, pero con la cara como un tomate, lo mismo unos que otras. Pero, vaya, lo que es costumbre para todos no tiene que ser esfuerzo para uno. Estábamos en un baile en los cortijos, donde trabajaban cuadrillas de mujeres, y nos costaba mucho decirles lo que le teníamos que decir. Si acaso nos bebíamos unos cuencos de vino para estar animados, y el cigarro, que, aunque no fumáramos, parecía que te quitaba la vergüenza. Al final se llevaba adelante lo que se pretendía, que a eso íbamos todos, a hacernos novios, a casarnos, con la ventaja para nosotros de lo que dice el refrán, que el hombre y el oso mientras más feo más hermoso.

*Si queréis buscar novias
venirse a Puerto Moral...*

-La familia.

-Los padres de ellas nos causaban mucho respeto. A la hora del casorio se buscaba la ocasión de darse de cara con el padre:

«¡Mire, yo quiero esto». Y él te daba el permiso. También existían casos de negarlo, de laberintos.

-Las bodas duraban...

-Depende. En la boda del pobre todo son voces. El día del casamiento se invitaba a la gente de Castañuelo, se hacía un guisote grande, se mataba una cabra o un borrego, todo en el mismo pla-

to; no había viajes ni nada: el baile un poco por la noche y a acostar.

-A algún sitio se iría, aunque fuera...

-Poco y cerca. La abuela de uno fue a Calabacino, una aldea que está a ocho kilómetros de Fuenteheridos. De Castañuelo íbamos en bestia a la iglesia principal, que estaba en Corterrangel. Aquel que lo tenía sacaba el caballo, el mulo, el burro. Era como una romería.

-Ayudarían los curas.

-¿Los curas...?. Han desfilado tantos en la vida de uno que... unos eran más saboríos(9), otros más tratables. Tuvimos a un tal José Luis Bernabé que llevó el teléfono a la aldea, un teléfono de campaña; tiró un cable por los montes. Este asistía a los partos. Se arremangaba el hombre y... sabía más que Briján(10).

-Cierre los ojos y vea para usted aquel tiempo.

-Los cierro y veo durante la guerra un asalto a un coche de Damas. Son tres o cuatro personas las que disparan. Uno, Antonillo, se hace el muerto; es el chófer...

*Aquello pasó a la historia
y es mejor no pensarlo,
porque si lo piensas
bien terminas bien desolado.*

-Pasó.

-Pasó. Pienso que, si esto no tiene importancia que se diga hoy, el paso de los años le dará su rango.

-Es bueno que lo sepan cuantos...

... cuantos quieran saberlo.

Febrero de 2002. Aldea de Castañuelo. Segundo Canterla; ochenta años todavía. Al fondo del tiempo narrado se quema el dolor.

NOTAS:

(1). En *Voces de la Sierra*, cap. II, p. 19. Libros de la Huebra. Fuenteheridos 2001.

(2). Majada donde el ganado duerme.

(3). Es el nombre común de la sabrosa *Amanita caesarea*, de láminas amarillas y sombrero rojo, abundante en la zona, considerada la reina de las setas.

(4). Nombre común de la *Boletus aereus*. Buena para comer,

de carne compacta.

(5). La estancia, el dormitorio, el refugio.

(6). Interpreta Manuel Moya que puede proceder de “arreo”, “arrear”, “arriero” “arriería”. Me suena que viene a significar “fila de bestias de carga”, “reata”. La “j” podría ser una simple aspiración entre dos vocales “una [j] arria”.

(7). Lo que “corona”. El agujero en la cúspide que hace de chimenea principal.

(8). Echarle paja para la comida.

(9). Soso de carácter. Desaborido.

(10). Sbarbi, en su *Dic. de refranes, adagios, proverbios...* dice que este personaje -Briján o Burján-, fue un célebre facineroso, el cual dio a su partida tanto nombre, que éste corrió por todas partes [...] Modificada la palabra Briján según las tendencias de los diversos idiomas, se aplicó en Francia e Italia (brigands y briganti), primero, a los que con astucia se ejercitaban en el pillaje, y después a toda clase de bandoleros.



AQUELLAS TRENZAS DE PELO ENDRINO...

José Manuel Fraile Gil

Desde tiempos antañones la posesión de una larga y abundosa cabellera fue signo y símbolo en el hombre de la fuerza física, y en el Sansón de la Biblia encontramos el más perfecto arquetipo para ilustrar esta idea . Algún cura rural, con ribetes de vate, compuso en el onubense Alosno toda una serie de cuadros bíblicos en seguidillas con estrambote que hasta hoy se cantan por sevillanas a la pandereta y con el almirez en las vistosas cruces de mayo.

Cuando Sansón dormía
Dalila infame
los hilos de la fuerza
supo cortarle.

Sirva de aviso
que a mayor confianza
mayor peligro.

Y así, intermitentemente lucieron crenchas y guedejas los monarcas del XVII, los Borbones del XVIII, aunque postizas y empolvadas, y los jaquetones y jayanes de las clases populares que fueron los últimos en presumir de coleta por la media espalda hasta entrado el siglo XX .

Para la mujer fue el pelo un adorno precioso de los romanos a acá. Aunque a veces les dio a las damas de Corte por afeitarse la frente, una espesa mata de pelo representó siempre el don más anhelado de cuantos la madre naturaleza desparrama sobre los hijos de Eva. Así pues, lo que en el hombre debía sólo estar, en la hembra era objeto de presunción, de alarde y hasta de creación artística.

- ¿Para qué quieres el pelo
que te llega a la cintura?.
- De noche por almohada,
de día por hermosura. -

Aquella espesura de trenzas, carnejas, clinos y soguillas, eran patrimonio de toda mujer que se preciase de honesta, y tenía por muy dichosa la que tocaba en pie con el cabello el suelo sobre el que andaba. Así nos describe Dumas a las gitanas del Sacromonte por el otoño de 1846: De vez en cuando nuestra mirada se sumergía en el interior

de alguna cavidad y en la penumbra distinguíamos a un hombre que tejía el mimbre, o a una joven de pie peinándose su larga cabellera de reflejos azulados que le llegaba hasta el suelo . Este embeleso por el cabello propio había llevado a los jesuitas del Paraguay a ordenar a las indias guaraníes habitantes de sus reducciones que motilaran su cabellera a ras de la cintura, por considerar que el empeño era mucho en cuidar aquellas espesas y tupidas cabelleras . Privar de este adorno capilar a su propietaria fue el peor castigo que podía infligirse en público a las mujeres. Hoy, cuando el vaivén de la moda lleva a muchas incluso a raparse el cráneo, no podemos tener cuenta cabal del sufrimiento que ocasionó la última victoria en muchas campesinas republicanas que ostentaban todavía el airoso moño como única corona de altanería.

Sólo por dos causas más que justificadas motilaba antaño la hembra la mata de su cabello. Al traspasar la puerta de la clausura, cuando en realidad moría en vida para el siglo; y cuando, poseedora de una magnífica cabellera, la muerte arrebató en sazón a aquel fruto, y consideraban entonces los allegados que no merecía la tierra aquel manojito de hebras que tantas veces pasaron y repasaron escarpidores y peinas. Los pequeñuelos que arrebató la parca entregaron también a la tijera sus bucles y tirabuzones para dejar entre los vivos un pedazo de sí.

En el viejísimo tema folklórico de la niña que no quiere ser monja encontramos muy altas manifestaciones poéticas del duelo por el pelo cortado. El romance de la monja contra su voluntad (é) recrea con mayor o menor énfasis, según las versiones, el momento de tomar los hábitos, pero siempre aparece, eso sí, el planto de la novicia por el cabello perdido: ¡lo que más sentía yo era mi mata de pelo!

No llora la niña-monja por pendientes ni por anillos, ni por los colores que eran su encanto y que no volverán ya a cubrirla; recae siempre la pesadumbre en el adorno de su cabeza que se fue con el chas-chas de las tijeras.

al revolver de una esquina
estaba un convento abierto
eran las puertas de bronce
y los umbrales de hierro

salieron todas las monjas
todas vestidas de negro
con las velas encendidas
como si fuera un entierro
me cogieron de la mano
y me metieron adentro
me sientan en una silla
y allí me cortan el pelo
me empiezan a desnudar
mis sayas y mis aseos
mis enaguas coloradas
mi jugón de terciopelo
pendientes de mis orejas
aderezos de mi cuello
me empezaron a quitar
anillitos de los dedos
¡lo que más sentía yo
era mi mata de pelo!

Arroyo de la Luz. (Cáceres)

Aquel pelo era la herencia que los padres recibían de quien, por voluntad propia o a viva fuerza, consumiría edad, belleza y ardores entre las tapias monásticas.

salieron a recibirme
señoras de manto negro
con la velita encendida
como si me hubiera muerto
empezaron a quitarme
el aderezo de mi cuerpo
purseras de mis muñecas
cadenitas de mi cuello
sarcillos de mis orejas
y anillitos de mis dedos
me cogieron de la mano
me llevaron para dentro
me sentaron en una silla
y me cortaron el pelo
se lo mandan a mis padres
pa' que lloren sobre ello

Jubrique (Málaga) .

me sientan en una silla
y allí me cortan el pelo
se lo llevan a mi madre
revuelto en un pañuelo
pendientes de mis orejas
anillitos de mis dedos
¡lo que más sentía yo
era mi mata de pelo!

Villarejo de Salvanés (Madrid) .

Si la profesión se hacía de buen agrado iba la trenza derecha a figurar entre los exvotos de la imagen madrina, del santo depositario de la devoción familiar, o de la advocación bajo cuyo hábito viviría de por vida nuestra joven protagonista.

me cogieron de la mano
y me metieron adentro
me quitaron los anillos
y me cortaron el pelo
¡yo no siento los anillos
sino mi mata de pelo!
que se la tengo ofrecida
a la Virgen del Consuelo.

Ciudad Real .

Y es que todavía son muchos en nuestra geografía los camarines y ermitas que guardan amontonados los exvotos que la piedad popular fue allí depositando. En ellos, como en los sedimentos que el río va dejando en su lecho, podríamos ir rastreando la evolución que desde la más remota antigüedad pagana han ido experimentando este tipo de ofrendas. Las trenzas, ofrecidas como suprema renuncia al adorno personal, no son ni con mucho los más escasos de entre estos presentes:

“Allí se ven largas trenzas de cabello que la hija amante ofreció, como su más precioso tesoro el día en que su madre fue arrancada a las garras de la muerte; niños de plata colgados de cintas de color de rosa que una madre afligida, al ver a su hijo mortalmente herido, consagró por obtener su alivio al Señor del Socorro; brazos, ojos, piernas de plata o de cera, según las facultades del votante”.

Y tras esta descripción hecha por Fernán Caballero y traída desde la Andalucía baja, veamos esta otra de Gutierrez Solana tomada del natural cuando visitó Zamora en su viaje por la otra España a comienzos del siglo XX:

“En una trenza rubia y empolvada por los años, cuelga atado de su punta un papel que dice: Recuerdo al Santísimo Cristo en los últimos días de vida de la joven Felisa Barbero Estévez a los 18 años de edad. Zamora. Marzo de 1890”.

Y para despedirnos de aquella novicia que dejamos tras la clausura, echaremos una ojeada por el curiosísimo libro que se me viene a las manos, y que da cuenta de esta ceremonia, cuando todavía en 1891 revestía carácter de muerte en vida para las hijas del Cister :

“Primeramente estará prevenido el Hábito, Velo, Cordón, etc., en una fuente de plata, con sus flores por adorno, y en una bandejita se pondrá un Crucifijo y una vela rizada en la credencia al lado de la

Epístola o sobre el Altar, en donde estarán dos almohadas, una para la Novicia y otra para la Madrina; advirtiéndole que la Novicia ha de estar a la mano derecha de la Madrina, quien para recibir el Hábito, ha de venir vestida de gala, con los cabellos sueltos, pero sin profanidad.

Llegado el momento será la abadesa quien cercene aquel pelo orgullo de su propietaria.

La religiosa más moderna tiene el Esposo con la Corona, y otra trae en una bandeja las tijeras con las que le ha de cortar el pelo la madre abadesa, a quien corresponde esta ceremonia, y le pone la Corona, estando entretanto la Novicia arrodillada en una almohada, que estará prevenida a este fin.

Mientras le corta el pelo le dice la madre abadesa: Haec accipiet benditionem a Domino...”

Las trenzas fueron también auténticos cordeles con que anudar el lazo amoroso; así en el viejo romance por la calle de su dama (áe) que ha tenido entre Lope y la tradición una relación de toma y daca hasta casi nuestros días, encontramos el presente amoroso convertido en joyel para la cabeza del moro:

- Mira que te encargo, Cidi,
que no pases por mi calle,
ni hables con mis criados,
ni con mis cautivos trates,
ni preguntes con quién duermo,
ni quien viene a visitarme,
ni qué fiestas me dan gusto,
ni qué comidas me placen.
La trenza de mi cabello
que te puse en tu turbante,
no quiero que te la pongas
ni tampoco que la guardes

Tetuán (Marruecos)

El pelo trenzado al modo de la sogá utilizada para las tareas domésticas, es una imagen constante en la poesía tradicional y hasta para la vieja costumbre de amarrar las manos de los difuntos con un hiladillo negro a cuyo extremo se daban tres o siete nudos, encontramos réplica en el cancionero. Pues ya Valera cuenta en una de sus novelas...

“en todo era Respetilla jocoso, menos en esto de cantar playeras; las cantaba con mucho sentimiento, era un gemido prolongado que aspiraba llegar al cielo, era un suspiro melodioso que traspasaba los corazones. Así iba cantando entre otras coplas:

Cuando yo me muera / dejaré encargado / que con una trenza de tu pelo negro / me amarren las manos”.

Pero a veces hubo que vender aquella trenza que tanto estimaba su poseedora para poder ganar unas pocas monedas de plata que remediaron en parte la miseria general. Las ricas demandaron siempre postizos y añadidos para poder realizar los complicados peinados que las modas imponían. Otras veces, la enfermedad obligaba a buscar en los postizos remedio contra la calvicie que, si en el hombre no causó mayor problema, resultaba para la hembra afrenta casi insoportable:

“En una droguería entró una mujer con un hombre de edad a comprar una trenza, pues había salido de una enfermedad y estaba casi calva, con la cara amarilla y la frente llena de arrugas como una vieja. Miraba al suelo como avergonzada y no hablaba sino para regatear y decir que eran muy caras; mientras que el viejo, que la trataba de tú y debía ser su querido, iba colocando las trenzas de pelo junto a la frente de esta criada para encontrar un pelo igual al suyo”.

Hasta ha bien poco fueron las gitanas quienes, empujando el carrito de mano repleto de barreños, se encargaron de cambiar su mercancía por las trenzas que nuestras jóvenes cercenaron al abandonar la infancia.

Pero cuando la muerte, siempre inoportuna, llamó a deshora en casa de alguna joven, se resistieron sus deudos a enterrar aquellas crenchas que, por espesas y lustrosas, o simplemente por queridas, parecían enredarse en los barrotes de la cama, resistiéndose a seguir el camino del cementerio. Conservadas aquellas trenzas entre alcanfor y papeles de seda, surgió en derredor suyo una in-

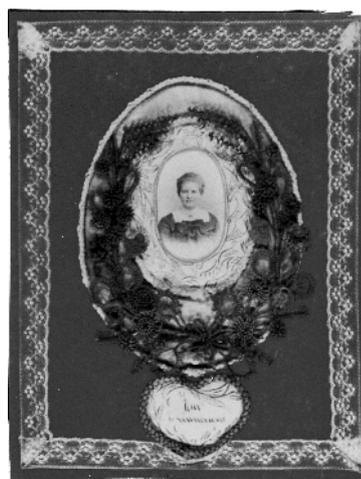


Figura 1

dustria artística aunque macabra destinada a componer cuadros y dechados de muy diversa índole. Esta costumbre de conservar el cabello tras el cristal de un cuadro, debió pasar, como tantas otras, del ámbito burgués (fig. 1) al código tradicional; proceso de folklorización que podemos seguir tanto en las técnicas de factura como en los motivos que ornamentaron estos trabajos de pelo. Situaría yo entre el romanticismo, que comenzó a invadir a España al declinar el reinado del monarca narizotas, y la época isabelina, el momento de esplendor para esta moda que llenó los camafeos, retratos ovalados y en especial las lápidas que por entonces comenzaron a poblar los nuevos cementerios del cinturón urbano, con filigranas hechas a base del querido cabello que perteneció al ser perdido.

Pérez Galdós, dispuesto siempre a acudir en nuestro auxilio, cuando se trata de documentar el verdadero sentido de la tradición, nos proporciona en su obra noticias para ilustrar las dos épocas que arriba hemos pergeñado. En *La de Bringas*, ambientada en 1868, encontramos la semblanza de un antiguo palaciego dedicado en alma y vida a componer uno de esos trabajos de pelo o empelo como les llama su artífice, que más tenían de taracea preciosista que de simple recordatorio:

“Un año antes se había llevado de este mundo, para adornar con ella su Gloria, a la mayor de las hijas de Pez, interesante señorita de quince años. La desconsolada madre conservaba los hermosos cabellos de Juanita y andaba buscando un habilitado que hiciera con ellos una obra conmemorativa y ornamental, de esas que ya sólo se ven marchitas y sucias en el escaparate de anticuados peluqueros o en algunos nichos de camposanto. Lo que la señora de Pez quería era algo como poner un verso, una cosa poética quizá en prosa. No tenía ella sin duda por bastante elocuentes las espesas guedejas olorosas aún entre cuya maraña creyerase escondida parte del alma de la pobre niña. Quería la madre que aquello fuera bonito y que hablara lenguaje semejante al que hablan los versos comunes, la escayola, las flores de trapo, la purpurina y los nocturnos fáciles para piano”.

Y tras este exordio en que se enumeran tantos lugares comunes del mal gusto necrológico, entra en acción Don Benito presentándonos al futuro hacedor de la obra en jugoso diálogo con la Señora de Pez:

“Enterado Bringas de este antojo de Carolina lanzó con todo el vigor de su espíritu el grito de un ¡eureka! porque él iba a ser el versificador.

-Yo, señora, yo... yo. Tartamudeó conteniendo a duras penas el fervor artístico que llenaba su alma.

- Es verdad, usted sabrá hacer eso como otras muchas cosas, ¡es usted tan hábil!”.

Acto seguido, comienzan nuestros dos interlocutores la búsqueda por cómodas cajas y paquetes hechos con blanco papel de seda, del material cromático que será paleta donde ir formando aquel trabajo de pelo:

-“¿De qué color es el cabello?”.

- Ahora mismo lo verá usted. Dijo la dama abriendo, no sin devoción, una cajita que había sido de dulces y era ya depósito azul y rosa de fúnebres memorias.

- Vea usted qué trenza, es de un castaño hermosísimo.

- ¡Oh, sí, soberbio!, pero nos hacía falta un poco de rubio.

- ¿Rubio?, yo tengo de todos colores, vea usted estos rizos de mi Arturín que se me murió a los tres años.

- Delicioso todo, es oro puro; ¿y este rubio claro?”.

-¡Ah, la cabellera de Joaquín!, se la cortamos a los diez años, ¡qué lástima, parecía una pintura!; fue un dolor meter la tijera en aquella cabeza incomparable, pero el médico no quiso transigir. Joaquín estaba convaleciente de un tabardillo y su cara apenas se veía dentro de aquel sol de pelos.

- Bien, bien, tenemos castaño y dos tonos de rubi; para entonar no vendría mal un poco de negro.

-Utilizaremos el pelo de Rosa. Hija, traeme uno de tus añadidos.

Don Francisco tomó, no ya entusiasmado sino estático, la guedeja que se le ofreció.

- Ahora -dijo algo balbuciente- porque verá usted... Carolina, tengo una idea, la estoy viendo. Es un cenotafio en campo funeral con sauces, muchas flores, es de noche.

- ¿De noche?”.

- Quiero decir que para dar melancolía al paisaje de fondo conviene ponerlo todo en cierta penumbra. Habrá agua allá, allá muy lejos una superficie tranquila, un bruñido espejo. ¿Me comprende usted?”.

- ¿Qué sé yo?... agua, cristal, ¡qué se yo!

- Un lago, señora, una especie de bahía. Fíjese usted, los sauces extienden las ramas así, como si

gotearan; pero entre el follaje se alcanza a ver el disco de la luna, cuya luz pálida platea las cumbres de los cerros lejanos y produce un temblorcito, ¿está usted?, un temblorcito sobre la superficie.

- ¡Oh, sí! del agua. Comprendido, comprendido, lo que a usted se le ocurre.

- Pues bien, señora, para este bonito efecto me harían falta algunas canas.

- ¡Jesús, canas!, me río tontamente del apuro de usted por una cosa que tenemos tan de sobra. Vea usted mi cosecha, señor Don Francisco, no quiera yo proporcionar a usted en tanta abundancia esos rayos de luna que le hacen falta. Con este añadido -sacando uno largo y copioso- no lloraré usted por canas”.

Cuando las clases más populares adopten este tipo de composiciones, irán suprimiendo de ellas la estampa de los delicados cenotafios, las oraciones mortuorias, las delicadas labores en policromía y hasta la sutil técnica del bordado (fig. 2); y adoptarán sin embargo el recargado barroquismo de las trenzas aplastadas que semejan el trabajo del espartero, salpicarán los dechados con flores de trapo y cintas de seda multicolores y subrayarán, por último, el aire personal de aquellos relicarios, indicando edades, nombres, fechas y lugares. Mientras que fueron establecimientos especializados los encargados de realizar aquellos empelos que encargara la burguesía, serán ahora peluqueros am-



Figura 2

bulantes o mañosas peinadoras de industria más artesana, los responsables de realizar estas verdaderas marañas de entrecruzadas trenzas incluso en los más apartados lugares y lugarejos de nuestra geografía.

Desde mi infancia contemplé en casa de mis abuelos uno de aquellos cuadros, de dimensiones

más que regulares, que recogía en la parte superior un abigarrado manojo de trenzas que se iban desparramando entrecruzadas por toda su superficie. Era el pelo de la tía Guadalupe que, según sus hermanos ya muy ancianos entonces, fue la causa de su muerte:

“Tenía mucho, mucho pelo, que la tenía que hacer las horquillas el herrero, y tenía siempre dolor de cabeza, pero como entonces estaba mal visto que las mujeres se cortaran el pelo, pues decimos que si sería de aquello, la cosa es que se murió”.

Este afán por conservar y realzar la abundante masa de cabello que poseía la difunta, hizo que este tipo de trabajos abandonase su primitivo aspecto



Figura 3

de lámina completamente plana para adoptar la forma de caja; de este modo, en un fondo de uno o dos dedos, podían colocarse aquellas soguillas de pelo formando arabescos y complicados dibujos e incluso resguardar en su interior el gallardo ocho de un completo picaporte fruncido por una cinta de seda (fig. 3).

Respecto a la factura, debió hacerse éste, como tantos otros trabajos de su género, en el mismo pueblo, o encargarse a alguna localidad cercana, donde expertas manos adiestradas ya para ello debían ganar con este trabajo alguna que otra peseta blanca.

Cuando se murió, que se murió muy joven, quisimos tener un recuerdo, porque entonces no había retratos en los pueblos y le hicieron el cuadro. Se desperdició mucho, mucho pelo, que sacaron un cesto lleno para hacer el cuadro, y eso que le dejaron un moño pequeño, para que no quedase pelona.

Galdós vuelve en nuestra ayuda, y si en *La de Bringas* describió un artístico y multicolor trabajo, en su *Fortunata y Jacinta* nos menciona un sencillo

cuadro en la pobre vivienda que, situada en el rastro madrileño, visita Jacinta en pos de aquel pitusín que pensaba hijo espúreo de su marido:

“...no había allí más muebles que las dos sillas y el baúl, ni cómoda, ni cama, ni nada; en la oscura alcoba debía de haber algún camastro. De la pared colgaba una grande y hermosa lámina detrás de cuyo cristal se veían dos trenzas negras de pelo, hermosísimas, enroscadas al modo de culebras y entre ellas una cinta con este letrero: Hija mía. ¿De quién es ese pelo?, preguntó Jacinta vivamente, y la curiosidad le alivió por un instante el miedo. De la hija de mi mujer, replicó Platón con gravedad, echando una mirada de desdén al cuadro de las trenzas. Yo creí que era de... balbució la dama sin atreverse a acabar la frase. ¿Y la joven a quién pertenecía ese pelo, dónde está?. En el cementerio”.

Estos cuadros llegaron a convertirse en tétricos muestrarios que respondían a la patológica ansiedad de sus propietarios por seguir teniendo algo de la persona desaparecida. Desprovistos de cualquier asomo estético, reunían bajo el cristal, en abigarrada confusión, cuantos restos orgánicos y personales quedaban del finado. Don Eugenio Noel, aquel buen hombre que nació de una lavandera del Manzanares recuerda en sus memorias:

“Muere mi hermano Julián, de meningitis. Muchacho singularmente hermoso e inteligente. Mi madre, a quien las desgracias y los trabajos parecían fortalecer, se rinde ante esta pérdida de tal modo que tiene como un amago de locura. Se hace un cuadro macabro con dientes, uñas, pelo y recuerdos de su hijo, y lo cuelga en la pared. Hasta su muerte vi en casa el cuadro, venerada la llavecita del ataúd y sus zapatillas pequeñísimas” .

Y aunque sea esta ya harina de otro costal, diré sobre los dientes de leche que fueron muchos los quincalleros que en el momento engastaban aquella piececita blanca en el chatón de una sortija. En Arganda del Rey me contaron que:

- Por aquí venía la tía Tadea, era una mujer vieja que llevaba una anaquelera así, a la espalda, y vendía muchas quincallas y cosas de las que compraban las mujeres. Y ponía en una sortija o en unos pendientes los dientes de leche que se les caían a los muchachos.

Y hasta aquí un manojo de noticias que, trenzadas como el pelo nos hablan del sentimiento que la muerte de un ser querido infringe al espíritu más sereno; y alguna forma de aliviar la pérdida de lo que se amó tanto.



EL PARENTESCO UN IMPEDIMENTO PARA CONTRAER MATRIMONIO EN EL SIGLO XVIII. VICARIAS DE ALBA Y ALISTE (ZAMORA)

Lorenzo Fernández Fernández

Con el presente estudio, breve por motivos de espacio, esbozo lo que en un próximo trabajo, dedicado a las mentalidades y comportamientos del pueblo en el oeste zamorano, se desarrollará más acertadamente: la actitud que el pueblo adoptaba ante las relaciones prematrimoniales, conocidas, las más de las veces, por la dispensa que debían solicitar para casarse, al ser parientes en tercer o cuarto grado los novios.

El territorio de estudio se corresponde con la comarca actual de Aliste, dependiente en esos años del Marquesado de Alcañices, en lo temporal, y en lo espiritual, y hasta 1.888, del Arzobispado de Santiago de Compostela. Las Vicarías se “governaban” por el Vicario General, con sede en Zamora, auxiliándose para su labor pastoral de las constituciones del Sínodo de las Vicarías, celebrado en 1.612.

La documentación utilizada procede del Archivo Histórico Diocesano de Zamora, sección Mitra. Matrimoniales. Varios legajos y cajas.

1.- INTRODUCCION.

El matrimonio, según la doctrina cristiana, era uno de los siete sacramentos de la iglesia católica, cuya obra esencial era: “...fazer vida en uno marido e muger, e hazer hos e generacion que sirvan a Dios...” (Compilaciones sinodales, Burgos 1.503-1.511). En todos los sínodos celebrados en los siglos XVI-XVII, será tratado con especial atención, en un intento de acabar con los amancebamientos de épocas precedentes y buscando su dignificación, al obligar a celebrarlo en la iglesia parroquial, no como hasta entonces, en las casas particulares. En el sínodo de las Vicarías, de 1.612, se establece el periodo en el que no se pueden recibir las velaciones (desde el primer día de Adviento, hasta el día de la Epifanía, y desde el primer día de cuaresma hasta el llamado domingo de Quasimodo), coincidiendo ambos periodos con dos fechas muy señaladas de la Iglesia: la Navidad y la Cuaresma. Las condiciones que pone el sínodo para poder contraer matrimonio son varias: que los contrayentes sean bautizados y con uso de razón (por ello se establece como edad mínima para contraer matrimonio 14 años en los varones y 12 en las mujeres), que ambos sean libres, además de conocer la doctrina cristiana: las cuatro oraciones, los mandamientos de la ley de Dios, los artículos de la fe, los sacramentos y mandamientos de la iglesia y, por último, que “...no tengan parentesco en los grados

prohibidos...” (Sínodo de 1.612. Libro 1. Título 1, capítulo 14, folio 23). Estos grados eran el primero y el segundo.

Esto último va a suponer un escollo importante, sobre todo, como es el caso, en pequeñas aldeas con corto vecindario, en las que casi todos tenían cierto grado de parentesco, por la endogamia heredada de siglos y siglos.

Cuando la pareja de novios conocía el parentesco que les unía, si querían contraer matrimonio debían solicitar, ante Su Santidad, la correspondiente dispensación, iniciándose en el Tribunal Eclesiástico de las Vicarías, con sede en Zamora, el correspondiente proceso que duraba varios meses hasta el día de contraer matrimonio. Las costas de este proceso las pagaban los propios solicitantes, intentando por todos los medios que fueran cortas, constando en la solicitud ser ambos “...*pobres miserables, sin tener bienes muebles ni rraices, rrenttas binculos ni mayorazgos conq se poder manttener...*” (El Poyo 1.739). La cuantía suponía, en muchos casos, fuertes sumas de dinero, mayores que lo que se podía gastar la pareja en los gastos de la boda, siendo pagadas, frecuentemente, por el padre del novio, hipotecando, en ocasiones, su propia hacienda. En otros casos, se prefería no seguir adelante con los pleitos, por ser “...*largos y costosos...*”, produciéndose el apartamiento, y quedando libres para contraer esponsales con quienes quisieran.

¿En qué momento del noviazgo conocen su parentesco? Aunque la mayoría, cuando iniciaban su relación, lo desconocían, en otros casos eran perfectamente conocedores. Diego Ballesteros y María Domínguez, vecinos de Gallegos del Campo, aun sabedores de su parentela “...*llevados de la humana fragilidad se ttrataron y conoziaron carnalmente...*” (1.738), al igual que Esteban Gato y Ana Pastor, de Carbajosa. Incluso, en Moldones, en 1.738, se celebra un matrimonio, sin dispensa, siendo los contrayentes parientes en tercer grado, hasta que, movidos por su conciencia, solicitan dicha dispensa.

En ocasiones, al goce carnal precede la palabra de matrimonio por parte del varón, consintiendo en ello la mujer, aun sabiendo el parentesco que les unía (él había quedado viudo por muerte de la tía carnal de la moza, siendo, por tanto, su tío, Santiago Calvo, viudo, e Isabel de Prada, Bermillo de Alba, 1.712).

2. FASE PROCESAL.

Una vez solicitada la dispensación a Roma, el Juez ordinario de las Vicarías inicia un pequeño expediente, con el fin de averiguar si es cierto ser parientes los solicitantes, en qué grado, su situación económica y si tenía posibilidad, la mujer, de encontrar pretendiente en el mismo pueblo que no fuera pariente. El cura de cada lugar tomará testimonio a tres o cuatro testigos, bajo juramento, ante Dios y una cruz, contestando a un pequeño cuestionario de apenas cinco o seis preguntas:

Primeramente Siconocen a los dchos Ant^o ferz y Rosa ferz y saben son nrales y Vvos del dcho lugar de Poio, y siconocen a los Padres y Abuelos Paternos y maternos de ambos digno como sellamaron y dedonde fueron vezos nrales y sitienen noticia de otros ascendientes den Razon.

Sisaven que los dchos Antonio ferz y Rosa ferz son parientes enterco grado de Consangd por unaparte, y otro terco grado tambien de consangd por otra, digan como porque, y dedonde probienen dchos dos parentescos, expresando los nombres otrabez.

Sisaven que entre dchos contrayentes noay ni se les conoce otro algun parentesco ni Ympedimto de afinidad Consanga espiritual nide otro genero mas que lo expresado en la pregta antecedente digan Vd.

Sisaven que los dchos Antonio ferz y Rosa ferz aviendo ser parientes en los dchos grados de terco grado por una pte y terco grado por otra ambos de Consangd llevados de la humana fragilidad y no pordar motivo aque con mas facilidad les dispensare Su Santidad antes de Ocurrir a la Corte Romana, tubieron acceso y Copula Carnal que fue y es publica en el dcho Lugar del Poyo siguiendose enel mucha nota y escandalo detal modo que asino se efectuara el matrimonio tratado entre los dchos Ant^o y Rosa, ella quedara ynfamada y noallara Varon de su Calidad con quien poder Casarse digan y den razon y sisaven que del dcho Pecado opecados seallan arrepentidos y piden misericordia, y si despues aca anvivido separados sin nota ni escandalo de cohabitacion nientradas nisalidas; Y si tienen por cierto que la susodicha acumplido lapenita queleasido Ympuesta de rezar todos los dias ensucassa de Rodillas un rosario anra Señora ademas de las Orazes que acostumbra portpo de Seis meses digan y den razon de todo.

Sisaven que los dchos Ant^o y Rosa son yseallavan quando ocurrieron por la dcha dispensazon pobres miserables que no tienen Vienes Juros rentas mayorazgos ni otros efectos con que Sepoder mantener Yquesolo biben y semantienen de susudor trabajo personal labor eyndustria de sus manos.

Sisaven que para venir a este Matrim^o ladcha Rosa ferz noasido ynducida apremiada ni atemorizada por persona alguna, y que loaze a su libre Voluntad sin fuerza de Rapto ni otro Ynduundo.

(Proceso entre Antonio y Rosa Fernández, El Poyo 1.740)

A través de las respuestas que dan los testigos, todas ellas muy parecidas, pues las propias preguntas inducen a ello, se aprecia la mentalidad de los propios convecinos ante un hecho habitual en la época, ateniéndonos a la cantidad de casos que se dan: las relaciones sexuales fuera del matrimonio. Todos los testigos coinciden en la “...nota y escandalo..” una vez que se supo de la cópula, sufriendo la mujer la difamación y pérdida de su honra y honor, no sólo en su aldea, sino aun en las de los alrededores. Si a ello añadía haber sido preñada, su situación era harto difícil, como se pone en el caso, antes citado de Isabel de Prada: “...e que de este auto carnal e otros subsequentes Se hizo preñada como es publico y notorio...”, solicitando licencia para casarse con su tío, ya que está sin crédito, honra y reputación en Samir, Bermillo y otros lugares “...en todos los quales no hallara Cassam^o por ser pobre y deshorrada...”.

Las respuestas al cuestionario se remitían al Juez como probanza de ser ciertas todas las alegaciones hechas por la pareja.

Una vez que llegara de Roma la dispensa, debían cumplir una penitencia, en algunos casos mandada por el propio Papa (separación absoluta durante seis meses, antes de contraer matrimonio), y en otros por el Juez: obligación para el hombre de trabajar, durante un cierto periodo de tiempo, en obras en la iglesia, o donde le mandara el cura; la mujer atendería al decoro de los ornamentos de la iglesia, lavando la ropa, además de rezar el rosario, en su casa, de rodillas. Junto a estos trabajos, hasta cierto punto, comunitarios, se les condenaba al escarnio público, siempre que hubieran tenido cópula, pues debían acudir en dos días de fiesta (a elección suya o del cura) a la misa mayor, él sin capa y ella sin mantilla, para estar más visibles ante el pueblo, poniéndose uno a cada lado del altar mayor “...zerca de la grada cada uno con su bela blanca de media libra que ofrezeran a la fábrica...” (Moldones 1.738). En otros casos la vela era verde o amarilla, manteniéndolas encendidas durante el tiempo que durara la misa, sin mirar el uno para el otro. Todo este acto estaba cargado de un fuerte simbolismo, mostrándole a los vecinos su culpa y sirviendo de escarmiento a la hora de ser tentados por la carne. Venía a ser un acto público de arrepentimiento ante Dios y ante la comunidad a través del cual, ambos, le otorgaban su perdón.

Cumplidas las penitencias impuestas, el cura debía certificar ser cierto, así como haber estado sin verse, en sitio público o privado, durante ese periodo, tras lo cual se le enviaba un Auto por parte del Juez, para que, a pesar del grado de parentesco “... se puedan desposar y Vellar segun orden de la Ygla. y declaraba y declaro por lexma la prole y generacon que durante dcho Matrimo hubieren y procrearen y la que Resultare o hubiere resultado de la dcha Copula...” (Sejas 1.740), dándole licencia al cura para poderlos casar, tras las tres amonestaciones correspondientes y siempre que no hubiera más impedimento, casándolos y velándolos en el tiempo debido.

3. CONCLUSIONES.

A través del estudio de estos expedientes matrimoniales, podemos hacer una serie de valoraciones de los comportamientos populares ante la pareja, a saber:

A.- Las relaciones sexuales, antes de contraer matrimonio, fueron más frecuentes de lo que cabía suponer en sociedades tan tradicionales y en aldeas de tan corto vecindario, incluso siendo parientes y conociendo los impedimentos que la iglesia ponía a esa unión, aunque, el haberlas mantenido, era argumento favorable para conceder la dispensa. Los vecinos comprendían, a pesar del escándalo, esas relaciones, en base a dos premisas: el ser mozos y la fragilidad humana ante el deseo, "*...como mozos y el vicio fragil de la naturaleza humana, llevados de el tuvieron tal acceso*".

B.- La mujer, una vez conocida su relación, queda ultrajada ante su propia comunidad y las circunvecinas, siendo condenada por consentir en el ultraje que a su honor causa el hombre: "*...es verdad que dcho franco Sanabria por alguna entrada, y salida que hizo en Casa de Maria fernz, Y Comunicazon Causo nota y escandalo en este lugr. Por cuya Causa quedo difamada y Perdido su onor, Credito Y buena Reputazon en que antes estaba...*". A pesar de ser el hombre el causante del escándalo, es la mujer la que sale malparada en uno de los valores fundamentales de esa sociedad: el honor.

C.- Aun admitiendo la pobreza general que igualaba a todos los vecinos, "*... eran y son muy pobres...*", se advierten ciertas diferencias en el seno comunitario. Los testigos contestan que, en algunos casos, ha tenido la chica más pretendientes en el mismo pueblo, e incluso, de otros vecinos, pero los ha rechazado por no ser de igual calidad a la suya, ni económica, ni de sangre: "*...unos por ser pobres y otros de no tener buena opinión en su origen y nadmto...*", "*...y de menos lustre y estimacion en la Comun opinion desste lugar...*" (Figueroa de Abajo 1.738). En las respuestas de los testigos se alude a los oficios honoríficos desempeñados por los padres y abuelos (alcaldes, procuradores del concejo, mayordomos de cofradías), cargos que sólo podían obtener gentes de limpieza y honor probados. Aún en fechas tan tardías, la limpieza de sangre, el concepto del cristiano viejo, del honor, pesaba como una losa en las mentes de estos aldeanos.

D.- Las continuas dispensas concedidas, siempre en tercer y cuarto grado, posibilitaban matrimonios que empobrecían genéticamente a las comunidades en las que se realizaban, engendrando criaturas que difícilmente superaban las condiciones de los primeros meses de vida, muriendo, muchas de ellas, antes de cumplir su primer año, incrementando, de esta manera, la ya de por sí alta tasa de mortalidad infantil.

